



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Span 5955.3.5

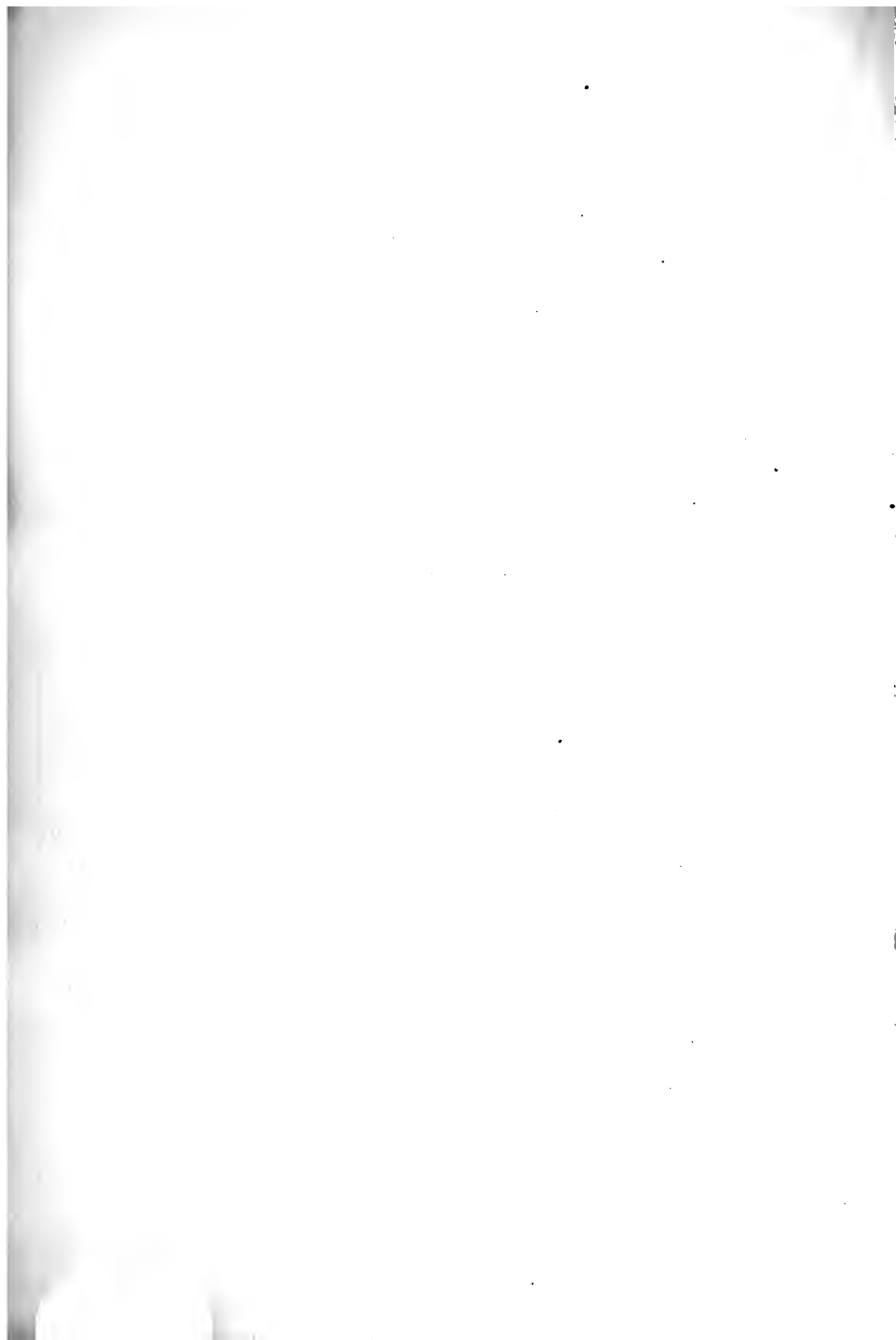


Harvard College Library

FROM THE
SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor
in Harvard College, 1816-1854. The will requires
the income to be expended for books "in the
Spanish language or for books illus-
trative of Spanish history
and literature."





SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

BLASONES Y TALEGAS

ARREGLO TEATRAL

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS,

de la novela montañesa de este título

ORIGINAL DE

Don José María de Pereda

FOR

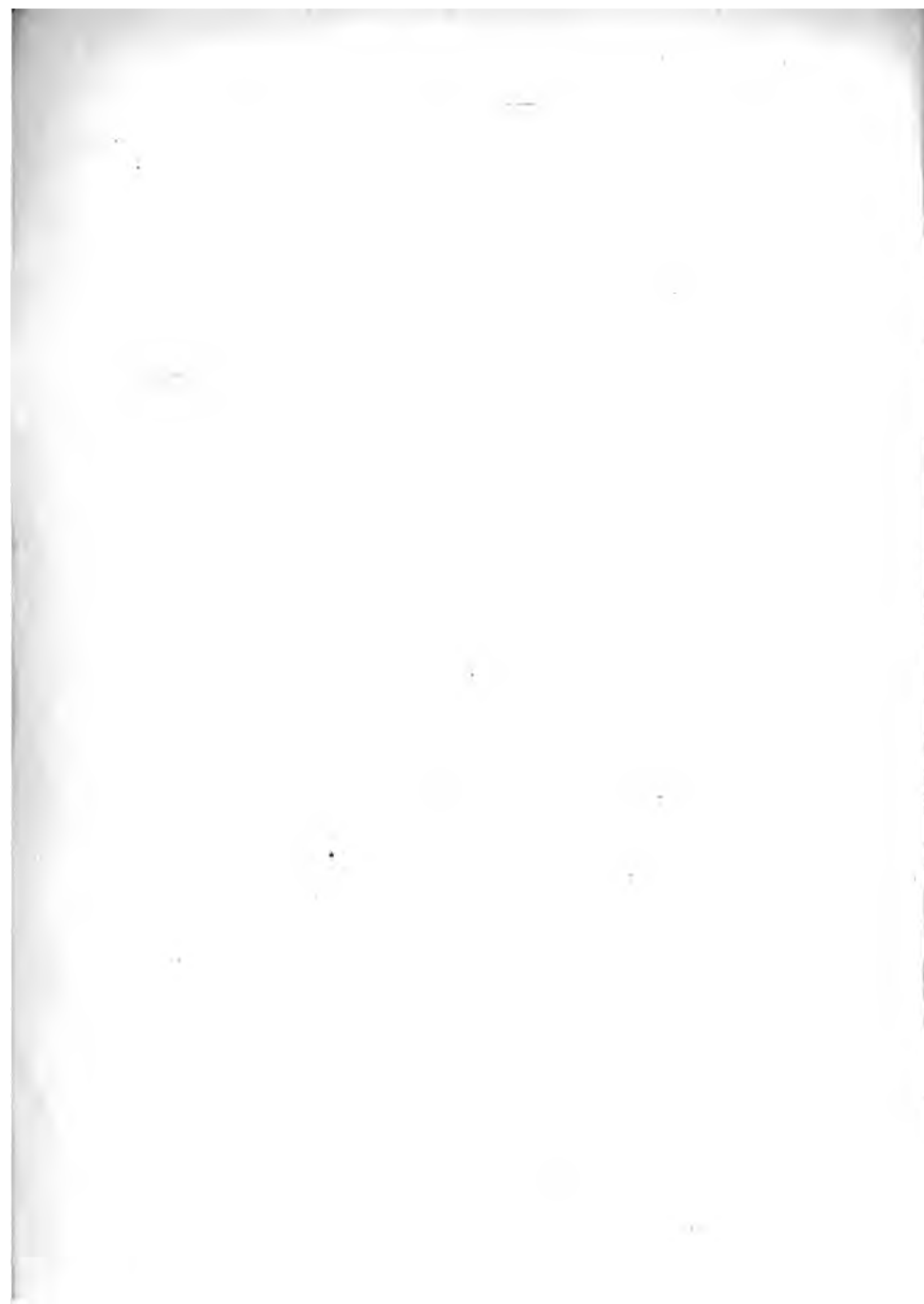
EUSEBIO SIERRA

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ



MADRID
FLORÍN, S. BAJO
1901



BLASONES Y TALEGAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BLASONES Y TALEGAS

ARREGLO TEATRAL

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS,

de la novela montañesa de este título

ORIGINAL DE

Don José María de Pereda

POR

EUSEBIO SIERRA

con música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 16 de Marzo de 1901



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.*

Teléfono número 551

1901

Span
6955.3.5

Sales final

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

VERÓNICA.....	SRTA. PRETEL.
TOÑA.....	PINO.
DON ROBUSTIANO.....	SR. RODRÍGUEZ.
TORIBIO	RAMIRO.
ANTÓN.....	MESEJC (E.)
DON RAMIRO.....	MESEJO (J.)
EL ALCALDE.....	ONTIVEROS.
EL MAESTRO.....	CARRERAS.
GORIO.....	SORIANO.

Aldeanas, aldeanos, danzantes, chicos, etc.

La acción en un pueblo de la provincia de Santander, año 1860

Los párrafos señalados con asteriscos se suprimieron en la representación.

Se suplica á los artistas encargados de interpretar esta obra, que no traten de imitar el acento montañés.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un campizo. Al fondo la portalada montañesa de casa de don Robustiano. La casa no se ve. Trepa la hiedra por las altas paredes á los dos lados de la puerta. Sobre ésta una cruz, y debajo un gran escudo. A derecha é izquierda dos toscas esculturas, representando dos mastines. Empieza la acción un poco antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA

SEGADORES y MOZAS obreras. Mujeres y hombres con sombreros de paja muy ordinarios. Algunas de ellas con rastrillas y de ellos con dalles

Música

Todos	Ya está apuntando el alba, ya pronto saldrá el sol, el claro cielo anuncia un día de calor. Al campo, segadores, la yerba está en sazón, y es bueno, con la fresca, que empiece la labor.
Mujeres	Yo trabajaré á tu lado y esparceré lo que siegues,

- HOMBRES con tal que no alces los ojos,
los ojos traidores,
y mires lo que no debes.
En tanto que afilo el dalle,
es justo que me recree
en los soles de esa cara,
morena y salada,
que medio muerto me tienen.
¡Y que tenga en la yerba que andar
tu cuerpo polido!
- MUJERES No me vengas de amores á hablar,
que es tiempo perdido.
Muy buenas son tus palabras,
quisiera la intención verte,
que bajo flores muy lindas,
claveles y rosas,
he visto ocultas serpientes.
- HOMBRES Te digo lo que te digo
porque es lo que el alma siente;
así me vieras por dentro,
morena y salada,
y así pudiera yo verte.
- MUJERES Que tenemos los dos que segar
no des al olvido;
hoy no quiero de amores hablar,
que es tiempo perdido.
- HOMBRES ¡Y que tenga en la yerba que andar
tu cuerpo polido,
cuando yo le quisiera guardar
en urnia metido!
- (Toque de alba.)
- TODOS Ya están tocando al alba,
muy pronto saldrá el sol,
el claro cielo anuncia
un día de calor.
Al campo, segadores,
la yerba está en sazón,
y es bueno con la fresca
que empiece la labor.
- (Marchándose hasta acabar el coro dentro.)
- MUJERES Dicen que te casas
con la Salomé,
buena muchacha llevas
pa andar en un pie.

HOMBRES Esa es la tonada
que se canta en mi lugar;
machaca, machaca, Pedro;
machaca, machaca, Juan.
MUJERES ¡Que palabritas vienen,
que palabritas van!

ESCENA II

VERÓNICA y TOÑA

Hablado

(Sale Toña por la derecha, y después de mirar á todos lados, llama en la puerta de la casa. A los pocos momentos abre Verónica.)

VER. ¡Cómol! ¿No traes la leche?
TOÑA No he podido: ni gota ha dao la vaca; toa la mamó el jato anoche... ¡Así está de gordo y lucío el condenau!

VER. Pero, ¿ni siquiera medio cuartillo para mi señor padre?
TOÑA Ni eso, doña Verónica.
VER. Y tendrá que desayunarse con borona fría.
TOÑA Como usted y como yo... A bien que la costumbre...

VER. A ciertas cosas no se acostumbra uno jamás, Toña, y menos el que ha nacido tan arriba y se ha criado en tan finos pañales como él.
TOÑA Así es el mundo, doña Verónica. Ustedes, tan señores de suyo, casi que á la cuarta pregunta, como el otro que dijo... (Verónica la hace señas para que calle, como temiendo que la oigan.) y Toribio Mazorcas, por mal nombre Zancajos, que se puee icir que nació en la calle y que anduvo en cueros vivos hasta que jué á Andalucía, anadando en oro. Manta de obreros tiene segándole los praos, y hasta ellos comerán mejor que nosotros, que no les faltará la cazuela de bacalao ni el cuartillo de vino... ni aun la carne si se terciá.

VER. Buen provecho les haga. Si es muy rico Zancajos, nosotros no queremos ni le envidia-

mos su riqueza. La nuestra es muy distinta.
¿Ves ese escudo? Pues ese escudo no podrá
él nunca ponerle en su casa por muchos miles que cuente.

TOÑA *Bueno es el escudo, y bien está, no digo
*que no; pero á veces da lástima que esa gallina que tiene allí no se pueda echar al puchero.

VER. *Mujer, si es un grajo.

TOÑA *Bueno; pues la anguila si no.

VER. *¿Cuál?

TOÑA *Aquella tan enroscada.

VER. *Si es una serpiente, Toña...

TOÑA *¡Josús! También es ocurrencia poner esos animales tan feos en el escudo... Y mire, mire, al lado el cinco de copas.

VER. *Esos son arminios.

TOÑA *¡Ah, vamos! Amenículos pa que no entren las brujas en el palacio.

VER. *Calla, calla, Toña; no digas disparates... ¿Qué miras?

TOÑA Que me parece que vienen por allí Zancajos y el hijo.

VER. ¡Dios mío! Entra, entra en seguida: no me vean de estas trazas. (Entran apresuradamente y cierran la puerta.)

ESCENA III

TORIBIO y ANTÓN

TOR. Se te han pegao las sábanas, Antón; y ya sabes lo que son los obreros, que si no estás encima, no dan golpe.

ANTÓN Antes de que amaneciera estaba yo de pie. (Mira á la portalada y suelta un suspiro muy fuerte.) ¡Ah!

TOR. Vaya, ya parecieron los suspiros... (Remedándole.) *¡Ah!... Parece que te vas á ahogar.

ANTÓN *Si no lo puedo remediar, padre. En cuanto paso por aquí se me añuda el pasapán y se me tranca el pecho.

TOR. *Eso; y antes de pasar habrás estado una

- *hora mirándote al espejo...* Y too, ¿pa qué?
Pa náa.
- ANTÓN
TOR. ¿Y qué quiere usté que yo haga? ¡Contra!
Pues herrar ó quitar el banco. ¿La quieres?
Se lo dices. ¿Te responde que no? A otra, y
no hay más que hablar. ¿Te contesta que sí?
A casaros sobre la marcha... Y te contestará
que sí.
- ANTÓN
TOR. ¡Me valga! ¿Qué me ha de contestar!
ANTÓN *No conoces el mundo, Antón.
¿No ve usté que ellos son señores desde sus
principios y que el padre tiene más orgullo
que don Rodrigo en la horca, tan y mien-
tras que nosotros...?
- TOR. Nosotros somos ricos, y ellos, con toda su
fanfarria y toda su vanidad, más pobres que
las ratas. Que he ganado lo que tengo en
una taberna de Sevilla... ¿y qué? Lo gané
muy honradamente, trabajando como man-
da Dios. Además, al dinero no se le pregun-
ta por dónde ha pasado. Y tú no eres un
señor porque no has querido. ¿No te mandé
á estudiar á Santander?
- ANTÓN Eso no es del caso, padre: ya sabe usted que
á mí me tiran más la labranza y el ganao.
- TOR. ¡Te tiraban! Porque de tres meses acá no
haces otra labor que venir á este campizo
á dar resoplidos, tales y tan recios, que un
día van á tirar esa portalada.
- ANTÓN Es que el hipo ese me ha entrao muy aden-
tro... ¡Y doña Verónica se lo merece! *¡Cui-
*dao que es final! ¡Y blanca y sobredorá
como una imagen!... ¿No es verdad que se
lo merece, padre?
- TOR. No te digo que no... Pero, ¿á qué esperas?
Como no sea á ver si ella viene á declararse
á ti...
- ANTÓN Si ella no sabe náa, ni náa me ha conocido.
Soy muy corto.
- TOR. Pues estírate.
- ANTÓN Y á don Robustiano le tengo más miedo
que á un rebaño de demonios.
- TOR. Tú háblale á la muchacha, que como ella te
ponga buena cara, y sí te la pondrá...

ANTÓN Calle usted, padre.
TOR. De don Robustiano ya me encargaré yo.
ANTÓN ¿Sí? Pues hoy mismo doy el paso. Ella sale todos los días á misa. Dentro de media hora vengo mudao, y cuando salga me acerco y la digo... la digo... ¿Sabe usted que me va á dar mucha vergüenza?
TOR. No seas zoquete, Antón. La dices que te quieres casar con ella y naá más.
ANT. Pero, ¿cómo se lo digo?
TOR. Con la lengua y el hablar que es del caso... ¡así!...

ESCENA IV

DICHOS, ALCALDE y MAESTRO

ALC. Güenos días mos dé Dios.
ANT. Buenos días
TOR. ¡Hola! el alcalde y el maestro.
MAES. Sí, señor, el señor alcalde y el maestro de instrucción elemental, en funciones de secretario interino del Ayuntamiento.
TOR. ¿Y á qué vienen ustedes por aquí?
ALC. Venemos en corporación como aquel que dice.
MAES. De oficio, señor de Mazorcas, de oficio.
TOR. ¿Cómo es eso?
ALC. Pues al auto del reparto que hemos echao.
TOR. ¡Ah, sí!
ALC. A don Rebutiano le toca pagar veinticuatro riales...
MAES. Y veintiocho maravedís.
ALC. Eso, y veintiocho maravedís... y el pobre menistro...
MAES. O séase, alguacil.
ALC. O séase alguacil, no se atreve á venir á cobrarlos. Como don Rebutiano tiene ese genial tan súpito...
MAES. Está tan pagado de su alcurnia, linaje, ó sea prosapia...
ALC. Conque enestonces deliberemos éste y yo venir nosotros mismos...

- MAES. Revestidos de la autoridad, el prestigio y el respeto que nos prestan los cargos públicos que ejercemos.
- ALC. Eso es... revestidos... como dice don Canuto. ¿Que mos paga? Pues en paz... ¿Que mos atropella?...
- MAES. Pues se da parte al Juzgado municipal, ó en su caso al de primera instancia, para que proceda contra él por resistencia y desacato á la autoridad y le pare el perjuicio á que haya lugar.
- ALC. Justamente.
- TOR. Bueno, bueno... Pues allá se las hayan ustedes con el señor de Tres-Solares. Vámonos, Antón.
- ANT. (Aparte á Toribio.) ¿Sabe usted, padre, que hoy va á ser mal día pa eso que concertamos?
- TOR. ¿Por qué?
- ANT. Porque con esta visita va á estar don Robustiano más jarisco que de costumbre.
- TOR. Cállate, bobo: puede que apretándole éstos le hagan ablandarse hasta para tu negocio. Tú atente á lo dicho y acordao, y á cumplirlo sin encogerte... y cuanto más antes... (Alto.) Con Dios, señores.
- ALC. Hasta la primera.
- MAES. Vayan ustedes enhorabuena, señores de Mazorcas, padre é hijo.

ESCENA V

ALCALDE, MAESTRO y TOÑA. Toña detrás de la puerta cuando indica el diálogo

- ALC. Llame usted, señor secretario...
- MAES. Perdone usted, señor alcalde; no he visto en la ley municipal ningún artículo en el que se disponga taxativamente que el secretario tenga que llamar á las puertas.
- ALC. ¿Y hay alguno en que diga que tié que llamar el alcalde?
- MAES. Tampoco... de modo que éste es un punto

de derecho constituyente; porque hay derecho constituido y hay...

ALC. Y hay que llamar, que es lo que nos interesa. (Llama.)

MAES. Perdone usted: si el señor don Hermenegildo Camberas se hubiera dirigido á mí, Canuto Prosodia, pidiéndome que llamara, eso sería un favor personal, de vecino á vecino, y le hubiera servido con mucho gusto; pero desde el momento en que habla el señor Alcalde como tal, á mí el secretario que certifica...

TOÑA (Dentro.) ¿Quién es?

ALC. Abre.

TOÑA El señor no está en casa.

MAES. La muletilla de costumbre.

TONA No golverá en tóo el día.

ALC. Si no ha salio ¡contra! ¿cómo ha de golver? Dile que no es denguna visita... que no tenga miedo... Que semos el alcalde y el secretario... ¡Ah! Y que venemos á hablar con él de negocios municipales

MAES. ¡Por Dios, señor alcalde! Esas palabras... ¡Negocios municipales! ¡Negocios!... Y tratándose de un reparto vecinal.. Puede dar lugar á interpretaciones maliciosas.

ALC. Pues, ¿cómo he de decir?

MAES. Hay mil palabras adecuadas. Le señalaré á usted diez ó doce... (Se abre la puerta con estrépito y aparece don Robustiano. El Alcalde y el Maestro retroceden con miedo.)

ESCENA VI

DON ROBUSTIANO, ALCALDE y MAESTRO

ROB. ¿Quién es? ¿Quién me busca? ¿Qué quiere en mi casa la autoridad?... ¡Vaya una autoridad!

ALC. Don Robustiano, no escomience usted á faltar.
ROB. ¿Qué te he de faltar yo á tí, meleno?... Vámos á ver, ¿qué queréis?

- ALC. Dígalo usted, don Canuto, que esto sí que le corresponde al secretario, según la ley municipal.
- MAES. Voy allá... Con todo el respeto y la consideración que debo al señor don Robustiano Tres-Solares y de la Calzada, comparezco y digo: Que habiéndose hecho la derrama correspondiente á los descubiertos con que cerró el ejercicio último de esta administración municipal, y habida consideración á los recursos y categoría de cada vecino de este pueblo...
- ROB. Al grano, al grano.
- MAES. Esto no es paja, señor de Tres-Solares.
- ROB. Pues estoy seguro de que os lo habéis comido como si lo fuera... Todo eso viene á parar en que habéis hecho un reparto.
- ALC. Sí, señor.
- MAES. Debidamente autorizados por la ley, que en su artículo 57, aclarado por la Real orden de 8 de Julio de...
- ROB. Déjame de leyes, aclaraciones y garrambainas... En resumen: ¿para qué me buskais? Habla, Menegildo.
- ALC. Le toca al secretario.
- MAES. Al señor don Robustiano le ha correspondido en la susodicha derrama, según reza la presente lista, la suma de reales vellón veinticuatro con veintiocho maravedís, que venimos á hacer efectivos.
- ROB. (Señala á la puerta con gesto amenazador.) Pues ya estais entrando por ellos... Vamos, ¿qué os detiene? (El Alcalde y el Maestro se miran asombrados.) ¡Tigre!
- ALC. Pase usted, don Canuto.
- MAES. ¡Ah, no! El señor alcalde primero: es prerrogativa del cargo.
- ROB. ¡Esto es gracioso! Os atrevéis á lo más y os espanta lo menos. *Os repartís las vestiduras *del vecindario como si tal cosa, y luego os *asustais al echar la zarpa á cada girón... * ¡Badulaques! ¡Raposuelos!... ¡Zascandiles!... ¡Conque descubiertos!... Y ¿quién los ha hecho? ¿Por qué y para qué? ¿Hícelos yo?

¿Han lucido en mi pellejo ó en mi hacienda por si acaso? Y para tapar esas tropelías *de *los pastores se acude á la lana del rebaño, *y se llama á las puertas de mi casa para *que me deje trasquilar el vellón correspon- *diente, y *se me impone un tributo que no debo ¡á mí!, cuyos progenitores cobraron marzazgas, martiniegas, yantares y fonsade- ras, no pagaban derechos al Rey ¡al Rey! é le fablaban sin homenaje.

ALC. Santo y bueno, señor don Rebastiano: no se niega el supuesto ese; pero en lo tocante al caso que...

ROB. Sí, señor, para que lo tengais bien entendi- do... Y uno de mis ilustres ascendientes fué trinchante de la mesa real, y dos hembras de mi familia acompañaron á una Reina desde Madrid á Ocaña. *En tiempos mo- *dernos, ayer como quien dice, un abuelo *mío fué regidor perpetuo de toda esta co- *marca; otro cobró alcabalas y barcajes, y *y mi padre, como es notorio, gozó muchos *años los derechos de pontazgo y de pesca *sobre tres pontones de otros tantos regatos *de estos alrededores... para recibir en la iglesia á mi familia se sacó alguna vez el palio á la puerta y se echaron las campanas á vuelo. Y todavía disfruto yo el privilegio de sentarme junto al altar mayor en sillón de preferencia.

ALC. Si todo eso es el puro Evangelio, señor don Rebastiano; pero...

ROB. ¿Y á mí me venís á pedir que pague (muy despreciativamente.) un reparto de esa especie? ¿A mí? Pues bien, me niego... Ya compren- deréis que lo que menos importa en este caso son las miserables pesetas... No es por el huevo, es por el fuero.

MAES. Debo recordar al señor don Robustiano que los Códigos fundamentales de la monarquía española, bien sea el del 12 ó ya el del 36, ora el de 45 ó el de 54, etc., etc... declaran que todos los españoles...

ROB. Sí; son iguales. Eso quisierais vosotros.

- ALC. Y que toos están obligados á pagar los tributos.
- ROB. Los que sean justos, no los que quieran imponer un baldragas como tú y un trapison-dista como ese.
- MAES. ¿De modo que el señor de Tres-Solares se niega á satisfacer su parte alícuota? Tendremos que proceder por la vía de apremio y llegar, si fuere preciso, hasta el embargo de bienes, muebles ó inmuebles, semovientes...
- ROB. Podeis proceder como os dé la gana. Y basta de conversación.
- ALC. Corriente, y levante el secretario acta de too ello pa en su día.
- MAES. Aparte de estas menudas diferencias, crea el señor don Robustiano...
- ROB. ¿Queréis acabar de romperme la cabeza? (vanse los dos.) ¡Gertuza como ella! Hombre, hubiera querido tener las seis pesetas... por muchas razones; pero principalmente para tirárselas á la cara... *Y al fin habrá que pagarlas, ¿qué remedio?, y que sufrir una humillación más pidiéndolas prestadas con el menor desdoro posible, es decir, al pobre cura, que es en esta piara de ganapanes el acreedor menos indigno de mí... * ¡Señor! ¡Señor! Encauza estas corrientes desbordadas, ó dame fuerzas para resistirlas sin caer... (vase.)

ESCENA VII

ANTÓN, después VERÓNICA

- ANTÓN Ya es la hora de ir á misa. En cuanto salga la hablo y se lo digo... Y eso que ya empiezo á sentir el tarugo que me sube, que me sube... (se acerca á la puerta.) Ya está aquí. (sale Verónica con la mantilla en la mano.) ¡Doña Verónica! (se quita al sombrero.)
- VER. (No le había visto y se asusta.) ¡Ay! (Quedan mirándose.)
- ANTÓN ¡Buenos días, doña Verónica!

VER. ¡Buenos días, Antón! (Echa á andar.)
ANTÓN (Siguiéndola.) ¡Doña Verónica!
VER. (Deteniéndose asustada.) ¿Qué?
ANTÓN (Con dulzura y dando vueltas al sombrero.) Tengo
que pedir á usted un favor.
VER. (Turbadísima.) ¿Un favor... á mí?
ANTÓN Sí, señ... (Se atraganta. Pausa)
VER. Tú... dirás...
ANTÓN (Animándose poco á poco.) Yo, doña Verónica,
presunto el respeto que Dios manda y que
usted me contribuye, porque se lo merece,
quería decir á usted ahora lo que... vamos,
lo que ya la hubiera dicho más de cuatro
veces al haberseme acomodado tan buena
proximidad como esta. La verdad es, to-
mando el intento con el arroteo del caso,
que yo no estoy de lo más convenido ni
amoldado al gentío del pueblo, y ya que
mis medios me lo permiten, quería transigir
á mi gusto y proporcionarles comenencias.
Usted por sus principios de nacimiento y
finura de personal... Vamos al decir que...
si yo... (vuelve á atragantarse.)
VER. Voy á perder la misa, Antón...
ANTÓN En seguida acabo, doña Verónica... Quiero
decir que como tengo bienes de fortuna, y
no soy bebedor ni pendenciero, creo... sin
que esto sea menosprecio y me esté mal el
decirlo, creo que... vamos, no son quién
para mí las mozas del lugar, llamado á con-
traer enuncias el día de mañana. Porque,
doña Verónica, á mí me dió Dios un cora-
zón muy blando de su natural y un poco
de sentido acá á mi manera, y pienso que
con esto y los cuatro cuartos que uno tiene,
puede, si á mano viene, declinar á una mia-
ja de finura que le consuele en una incle-
mencia. Bueno; pues si reflexiono que ten-
go, como he dicho, medios para manuten-
ciar á una señora y genial para contemplar-
la como á los oros de la Arabia, con tal que
ella se contrapunte siempre en las circun-
ferencias del temor de Dios y de la buena
ley á mí, creo que bien puedo, sin ofender

ndar.)

abrero.) Te

Verónica
anda y que
lo merez
... vamos
de cuatr
un buena
d es, to
del caso
enido m
ya que
ansier
encias
ento
que.

nien

18.

or

VER.
ANTÓN

VER.
ANTÓN

VER.
ANTÓN

á nadie, echar un memorial á este respeti-
ve... ¿No es verdad, doña Verónica?

Me... parece... que... sí.

(Limpiándose el sudor.) Pues bueno; en contin-
gencia de estas razones, y sin más ítes ni
consonancias, sépase usted, doña Verónica,
que lo que yo quiero con todas las ansias
de la cortesía es... es... casarme con usted.

(Asombrada.) ¡Virgen Santísima!

(Entusiasmado, dando un golpe al sombrero.) Doña
Verónica, dígame usted que sí... ó me so-
livianto.

¡Mi señor padre!

¡Santísimo Cristo! (Echa á correr.)

ESCENA VIII

VERONICA y DON ROBUSTIANO

ROB.

¡Sol de mi estirpe! ¿Habrá osado mirarte
frente á frente ese baldragas? (Se acerca á Ve-
rónica.) ¿Has ido á misa?

VER.

(Temblando.) Iba ahora, señor padre.

ROB.

¡A buen tiempo!... Mirame cara á cara... Te
he sorprendido con ese ganapán grosero,
hijo del aun más rústico jumento de oro,
Toribio Mazorcas. Al verme, él huyó despa-
vorido y tú te quedaste hecha una pieza.
Todo esto es muy grave, Verónica, y me vas
á decir lo que significa... (Silencio.) ¿Qué sig-
nifica todo eso, repito?

VER.

Nada, señor padre.

ROB.

¡Ira de Dios! ¿Cómo que nada?

VER.

Nada, señor padre.

ROB.

¡Celliscas y granizo! ¿Y esa vergüenza que
te vende? Si nada malo hacíais, ¿por qué co-
rrió ese bruto al verme? ¿Y por qué cuando
te lo pregunto te pones colorada?

VER.

* Porque como su merced está tan enfadado
* y es la primera vez que conmigo le su-
* cede...

ROB.

* Es la verdad; jamás te he reñido y eso te
* probará la magnitud del motivo de mi có-

- * lera... Así, pues, habla y no trates de en-
* gañarme... * ¿Qué ha sucedido aquí?
- VER. Yo, señor padre, verá su merced... yo salía á
á misa sola * porque su merced se había ido
* antes... y saliendo sola, cuando llegué á
* la puerta * pasó el hijo de Toribio y me
dió los buenos días... Yo seguí, seguí mi
camino sin reparar en él siquiera... cuando
va y me llama con la mayor cortesía.
- ROB. ¡Fuego divino!
- VER. Señor, que me asusta su merced.
- ROB. ¡Cortesía! ¡Cortesía!... ¡Cortesía un zamarro
como ese! ¡Cortesía esa bestia!
- VER. Sí, señor; con mucha cortesía.
- ROB. ¡Acaba!
- VER. Primeramente me dijo que tenía que pe-
dirme un favor... y por eso me paré... En-
tonces, entonces me habló de que sus sen-
timientos por acá y de que su riqueza por
allá... y que yo... y mis prendas...
- ROB. ¡Truenos y relámpagos! ¿Sería capaz ese ca-
mueso, rascaboñigas, de decirte galanteos á
tí, á la nieta de cien nobles?
- VER. ¡Jesús María, señor padre, si su merced se
enfada tanto! ..
- ROB. ¡Habla! ¿Qué sucedió al cabo?
- VER. ¡Nada, señor padre, que me habló yo no sé
de qué... porque la verdad es que no le en-
tendí la mitad de lo que me dijo.
- ROB. ¡Pero te faltó!
- VER. No lo crea su merced, señor padre; ni una
vez siquiera dejó de llamarme doña Ve-
rónica.
- ROB. Pues, hombre, hasta el extremo de negarte
el don... el don que es tuyo por derecho di-
vino, pudo haber llegado ese pendejo. Pero
vamos adelante... ¿Qué más pasó? Apuesto
una oreja á que te manifestó algunas pre-
tensiones. (Verónica baja la cabeza) ¡Rayos y
centellas! ¿No lo dije? ¡Tú la has hecho hoy,
Verónica!
- VER. (Llorando) Señor, puedo jurar á su merced
que ni siquiera me tocó en el pelo de la
ropa.

ROB.

¡Qué ropa, ni qué pelo, ni qué doscientos mil demonios! Te detuvo, osó mirarte á la cara, hablarte, decirte chicleos como á una tarasca bardaliega; él, un panojo hediondo, un rocín indecente; á tí, mi hija, la descendiente de un real trinchante y de cien señores de primer lustre. ¿Qué más agravio? ¿Qué más profanación? ¿Qué más infamia? Pero ya se ve, estamos en los tiempos de la igualdad... ¡dijo la canalla, digo yo! y ya no hay picotas, ni parrillas para los villanos insolentes, ni para los sacrílegos... ¡Verónica! tu madre que murió al echarse al mundo, tu noble, tu ilustre madre, * la única mujer * digna en estas siete comarcas, por sus títulos de nobleza de unirse á mí; * tu madre, digo, no te dió ese ejemplo. Hembra denodada y majestuosa, pagó como buena, con un torozón y tres sangrias el requiebro de un soldado francés; y, aunque sin comprender las palabras, á la vergüenza de aceptarlas, prefirió caer desplomada en mis brazos. Pero tú no te has muerto al recibir la escoria que te arrojó al oído ese bodoque, mal criado y peor nacido... Eres hija desnaturalizada, has prevaricado y no te quiero ver delante. Vete, vete lejos de mí. (Verónica llorando se va hacia la casa.) Sombras venerandas de mis mayores, no temais que se empañen vuestros preclaros timbres mientras yo viva para velar por ellos. (La orquesta entona un tema heroico que se va extinguiendo y que enlaza con la música del siguiente cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. La tapia de la huerta de don Robustiano y detrás una de las fachadas laterales de la casa. Es de noche

ESCENA ÚNICA

ANTON y MOZOS

Música

ANTÓN Andar sin meter ruido
 con mucha precaución,
 que si se entera el padre
 la ronda se acabó.

Mozo El hombre es un berrinches
 y si oye la canción,
 nos va á soltar el perro
 ó un tiro, que es peor.

ANTÓN Aquí no hay miedo
 que oiga el cantar,
 que aquí duerme ella
 y el padre allá.
 Templa, Goriuco.

UNO Templado está.

ANTÓN Pues, ¡alel vamos
 á comenzar.

 Lo que es como supiera
 que usted me oía...

Mozo Tú por tú; así se canta

ANTÓN ¡Buena la hacíal

Mozo Hablar de usted en coplas
 es cosa extraña.

ANTÓN Es la hija de un hidalgo
 de la motaña.
 Leña, Goriuco,
 cuidao pa entrar,
 y ¡alel que vuelvo
 á comenzar.

 Lo que es como supiera

que usted me oía,
qué cosas más del alma
la cantaría.

Encanto de mi amor, que yo la vea,
encanto de mi amor, á ver si alborea,
encanto de mi amor.

Que aquí paso las noches
y aquí los días,
y aquí hacen finiquito
mis alegrías.

Encanto de mi amor.

MCZO Encanto de su amor, que Antón la vea... etc.

Que aquí pasa las noches... etc.

ANTÓN

El nogal que me cubre,
vamos, parece,
que al escuchar mis penas
se compadece.

Encanto de mi amor, que yo la vea... etc.

Que no tenga, quien causa
todos mis males,
el corazón más duro
que los nogales.

Mozo

Encanto de su amor, que Antón la vea... etc.

Que no tenga quien causa, etc.

Hablado

UNO Asperarse... ¿no oyeis ruido así como si hur-
garan en la portalaá?

ANTÓN ¡Qué han de hurgar, hombre! Tú que eres
un collon y siempre se te está figurando
que te van á comer. (Ladridos furiosos.) ¡Me
valga Dios! ¡El perro!

UNO ¡El Tigre!

ANTÓN Pues si alcanza á uno lo mata. (Salen todos co-
rriendo. Música en la orquesta y

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

El salón de ceremonias en casa de don Robustiano. Retratos muy ahumados y muy viejos colgados en las paredes. Un sillón de baqueta alto y blasonado. Una mesa de nogal apolillada con gruesos relieves. En el suelo dos piezas roñosas de una armadura antigua. Tres ó cuatro sillas estropeadas. Alguna grieta en la pared.

ESCENA PRIMERA

VERÓNICA y TOÑA

TOÑA No llore usted, doña Verónica.
VER. Me ha dicho mi señor padre, que mientras duerme la siesta le espere aquí; y cuando ha abierto el salón de ceremonias y en él me quiere hablar, algo muy grave tiene que decirme.
TOÑA Será al auto de Antón, como si lo viera...
*Le oiría cantar anoche: también yo le oí
*desde la mi cama, ¡y que lo hacía de lo bien!
VER. *¿Y no oíste al perro?
TOÑA *Ya lo creo; le oí latir, latir mucho y aluego
*gruñía, gruñía...
VER. *Como si pelease con alguno, ¿verdad?
TOÑA *Eso mismo, sí, señora.
VER. *¡Dios mío! ¿Si mordería á Antón?
TOÑA *¡Cá! No se apure. Esta mañana le encontré
*en la miés de Parayón y maldito si tenía
*un mal arañazo. Tan cucio y tan asina estaba como siempre.
VER. *¿Y no te dijo nada?
TOÑA *Los güenos días me dió: ya sabe usted que
*es muy parcial de suyo... ¿Y qué me había
*de ícir el venturao? Pues que esperara que
*yo... porque como usted no le ha dao ento-
*avía una razón al respetive de lo que la ha-
*bló él...
VER. *Es que cuando me paró ayer y me dijo
*aquello, me aturdí... Claro, tan de sopetón...

- *Como yo no esperaba... Nada, que me quedé hecha un pasmo... y, lo conozco, hice mal en no responderle con un poco de agrado, porque él no me ofendía, ¿verdad?
- TOÑA *Al revés: denguna mujer se agravia porque un güen mozo la diga que la quiere... ¡Y *Antón es güen mozo de una vez!
- VER. *Sí, lo que es como buen mozo... y como bien parecido...
- TOÑA *¡Eola! ¡Hola! ¿Tanto le ha arreparao usté?
- VER. *La verdad es que no sé cómo lo he visto, *porque me atrevería á jurar que no le miré á la cara.
- TOÑA *Pues él la quiere á usté como á las niñas de sus ojos y con las mejores intinciones.
- VER. *Ya me dijo que como yo fuera gustosa, *nos casaríamos en seguida.
- TOÑA ¡Y qué comenencia para usté, doña Verónica! Un mozo tan garrido, tan honrao y tan pudiente! Con él, á vestir y á comer de lo mejor, á salir de angosturas y tristezas, á reir y á gozar como too el mundo y á ser el ama de una casa llena de too cuanto Dios crió. Y se acabaron los apuros de la cocina y las ansias del estómago... ¿á qué no decir, con el respeto debido, las cosas como son y toos sabemos?
- VER. Sí, Toña, sí, ¿á qué negarlo? ¡y á tí que lo estas viendo todos los días! Yo no he sabido nunca lo que es una familia como las demás, ni el hogar alegre, ni las cosas nuevas, ni el hablar lo que una siente, ni el obrar como una es en sus adentros. *Siempre sola *en este caserón entristecido y viejo; siempre escondida y siempre recelosa de todos *y siempre fingiendo, por querer ocultar *con un embuste lo que salta á la vista del *más ciego.* Así me mandaban ser y así he sido, sin hacerme cargo de que pudiera ser de otra manera... hasta que ¡pásmate, Toña! me salió Antón al camino y se atrevió á decirme lo que me dijo. *Entonces reparé en *él por la primera vez en mi vida, te lo puedo jurar, y oyendo lo que le entendí y pen-

*sando después á solas en ello, ¡ay, Toña, lo
*que yo ví de repente y como si se me caye-
*ra una venda de los ojos! Mira, desde en-
tonces acá me parece mucho más clara la
luz del sol y me sueñan de un modo muy
diferente los ruidos de la calle y el viento
entre las hojas de la castañera, y me entran
deseos, que nunca tuve, de ver lo que hay
más allá de esos montes que siempre me
parecieron el fin del mundo... Y á todo esto,
aquí sintiendo una cosa muy rara, como si
el corazón hubiese estado dormido hasta
ahora y se me despertara de repente entre
músicas del cielo y bendiciones de Dios.

TOÑA

¡Justo y cabal, doña Verónica! ¿Y no sabe
usted, lo que too eso quiere decir?

VER.

No lo sé, Toña, ó mejor dicho, no quiero sa-
berlo. Sólo sé que esto es vivir y ser algo y
con ello me conformo; porque pensar en
que mi señor padre llegara á consentir...
¡qué locura!

TOÑA

¿Por qué no, valiendo Antón lo que vale?

VER.

Porque como nosotros somos tan nobles; ya
ves, de lo más noble del mundo... Pero el
tiempo pasa, Toña; acaso haya despertado
mi señor padre... No venga y te encuentre
en este salón... (Un relámpago y trueno lejano.)
¡Santa Bárbara bendita! ¡Esto solo me falta-
ba hoy!

TOÑA

Era de esperar, doña Verónica, con el bi-
chorno de tóo el día y con lo oscura y anu-
barráa que se va poniendo la tarde... ¿Pero
usté tiene miedo á los truenos? Yo, ni
pizca.

VER.

Pues á mí me espantan, Toña, sobre todo de
un tiempo acá, desde que en una tormenta
de esas con mucho aguacero se abrió en la
pared de atrás el boquete que está tapado
con rozo mientras llega la hora de que mi
señor padre disponga cerrarle á cal y canto.
Desde entonces da miedo vivir en esta casa
en cuanto arrecian los vendavales en invier-
no ó las tormentas en verano. Tiemblan
suelos y tabiques y hay que encomendarse

á Dios, porque parece el fin del palacio. Está tan quebrantado y tan viejo el pobre, que un suspiro le menea.

TOÑA Bien notado lo tengo, doña Verónica; y por eso y otros motivos al simen de ello es por lo que la digo á usted que hay que romper por derecho y agarrarse á la ocasión que se la presenta pa mejorar de fortuna.

VER. Calla, inocente de Dios, que el buen deseo te ciega... y acaba de largarte de aquí antes que llegue mi señor padre.

TOÑA ¡Jesús! ¡Buena la hacíamos!

VER. Anda, anda... (Empujándola suavemente.)

TOÑA (Marchándose.) ¡Pus como yo me viera en su caso!

ESCENA II

VERÓNICA

Música

Del alma en lo profundo
dormido estaba amor
que ayer se ha despertado
al eco de su voz.
Su voz que en el oído
grabada se quedó
y que, amorosa y dulce,
me sigue á donde voy.

Sin pesares ni alegría
he pasado la niñez
y todo hombre parecía
poco para mi altivez.
No había un linaje
que al mío igualara,
ni mozo que osara
llegar hasta mí;
y un día olvideme
de mi vida entera,

y á un hombre cualquiera
el alma rendí.

Yo he nacido en las alturas
y nació muy bajo Antón,
y este es nuncio de amarguras
que me aflige el corazón.

Y si él es villano
y yo soy señora,
¿por qué me enamora?
¡Dios mío! ¿por qué?
En vano á mis ansias
rendí mi albedrío,
ni Antón será mío
ni suya seré.

Si torturarme deben
el triste corazón,
mis timbres aborrezco,
mi escudo me da horror.
La dicha de mi vida
por ellos se perdió,
¡malhaya mi nobleza!
¡malhaya mi blasón!

ESCENA III

VERÓNICA y DON ROBUSTIANO. Entra don Robustiano con mucha solemnidad y se sienta en el sillón. Empieza á obscurecer

Hablado

ROB. Toma, hija desnaturalizada... toma... (La da un pedazo de paño. Ella le coge con cortedad.) ¿Qué es eso?

VER. No sé, señor padre.

ROB. Esa es una pernera que me trajo anoche el perro. ¡Ojala sea de quien tú sabes y le haya quedado buena señal de los dientes que la arrancaron! Así castigo yo á los que te insultan, dándote músicas como si fueras de

la misma clase y el mismo barro que ellos. . . Ahora vamos al gravísimo asunto que he resuelto ventilar aquí, en este salón en que nuestros ilustres progenitores no penetraban sino en los momentos más solemnes de su vida. Su nombre lo dice: «Salón de ceremonias.» También yo he seguido esa augusta tradición, bien lo sabes. Figúrate la importancia que tendrá á mis ojos el punto que vamos á ventilar cuando quiero que se ventile aquí. Pero ante todo mira y contempla esos retratos de familia, de nuestra familia tan antigua como el mundo, según reza la leyenda de nuestras armas... ¿Te has olvidado de ella también, Verónica?

VER.

No, señor, padre.

ROB.

Para convencerme de ello quiero y te mando que la repitas ahora mismo en voz resonante y clara.

VER.

«Antes que nobles nacieran,
antes que Adán fuera padre,
por noble era insigne ya
la casa de Tres-Solares.»

ROB.

Perfectamente. Ahora dime... (Señalando á un retrato.) ¿Quién fué ese caballero?

VER.

El señor don Nuño.

ROB.

¡Cuántos servicios á su patria y á sus reyes! Acompañando á una cacería á don Juan II tuvo ocasión de prestarle su pañuelo de bolsillo, y hasta, según varios cronistas, unas monedas para obsequiar á un mesonero... ¿Conoces al que está á su lado?

VER.

Sí, señor padre; don Sancho.

ROB.

Cuando pasó Carlos V por la Montaña pernoctó en su casa, y al despedirse, le dejó por regalo un hermoso mastín que apreciaba mucho el emperador. (Otro trueno lejano.) Ese regalo dió origen á las dos esculturas que hay en la portalada y que groseramente los aldeanos toman por dos bestias de la vista baja. Aquel otro, ¿quién es?

VER.

Don Fernando.

ROB.

Ese sostuvo cuarenta años pleito con el duque de Osuna sobre si le correspondía ó no

poner seis plumas en vez de cuatro en la cimera del casco de su escudo... ¿A qué continuar? De todos los demás podrían referirse acciones heroicas iguales ó parecidas. Pues bien, aquí, en su presencia, viéndote y oyéndote ellos, me vas á jurar... (Un trueno más fuerte.) No, espera un poco. (Tan asustado como Verónica.) Parece que la tempestad va á ser terrible... Trae la vela de los truenos y el libro para rezar el trisagio... (Música en la orquesta. Sale Verónica y vuelve con la vela encendida y un libro de oraciones. Se arrojan.) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Un trueno fuerte, y en la puerta aparece Toribio, que dice con voz estentórea.) ¡Amén!

TOR.

ESCENA IV

DICHOS y TORIBIO

ROB. (Asustadísimo.) ¡Jesús, María y José!
VER. (idem.) ¡Santísima Madre de Dios!
TOR. ¡Vaya un susto que les he dado! (Riéndose.)
ROB. ¡Bárbaro! Tú solo eres capaz de eso, animal.
TOR. ¡Ja, ja, ja!
ROB. (Furioso.) ¡Toribio!
TOR. ¡Ja, ja, ja!
ROB. Zancajos de los demonios, ¿vienes á provocarme á mi misma casa?... Y ahora que me acuerdo, ¿cómo has entrado en ella?
TOR. Aprovechando la salida de esa obrera, que está siempre metida aquí.
ROB. Vamos, sí; corrompiéndola con el oro.
TOR. Llegaba yo con ánimo de visitar á ustedes, ví que se abría la puerta y me colé, porque dije: si dan en no abrir, por más que yo llame, no asomo al corral en todo el santo día de Dios.
ROB. En mi casa no entra nadie sin mi permiso.
TOR. Lo sé muy bien, señor don Robustiano.
ROB. Entonces...
TOR. Pero hay casos...

- ROB. Acabemos, ¿qué morcilla se te ha roto aquí?
¿qué tienes que decirme?
- TOR. Poco y bueno.
- ROB. ¿Bueno y tuyo? ¿Y qué haces callado?
- TOR. Esperando á que usted me deje hablar...
Como se me ha hecho un recibimiento tan suave...
- ROB. El que merece un hombre que se introduce como tú en el hogar ajeno.
- TOR. ¡Ja, ja, ja!
- RGB. ¿Otra vez, Toribio?
- TOR. Perdóne usted, don Robustiano, que soy muy tentado de la risa.
- ROB. ¿Acabas ó no? ¿Qué es lo que tienes que decirme?
- TOR. Si doña Verónica nos dispensa el favor de dejarnos solos un instante.
- ROB. Sí, nos dejará. Así como así, ya que el diablo te pone á mis alcances, no quiero que te vayas sin llevar las orejas calientes á propósito de cierto asunto. Sal, Verónica.
- VER. Con el permiso de vuestra merced. (se va.)

ESCENA V

DON ROBUSTIANO Y TORIBIO

- TOR. Pues sabrá usted...
- ROB. Espera... (Toma asiento con aire majestuoso en el sillón.) Habla... (Trueno fuerte) ¡Santa Bárbara bendita!
- TOR. Esto pasará, don Robustiano.
- ROB. Ya habría pasado si nos hubieses dejado rezar el trisagio en paz y en gracia de Dios.
- TOR. Si es por eso ya le estamos rezando, que precisamente me le sé de memoria desde que era tamaño... y si no, escuche y perdóne:
- El Trisagio que Isaías
escribió con grande celo
le oyó cantar en el cielo
á angélicas jerarquías...

- ROB. Toribio, no te burles de las cosas santas, ya que las mundanas te merecen tan poco respeto.
- TOR. Yo no me burlo, señor don Robustiano, que á Dios gracias soy hombre de mucha fe.
- ROB. En fin, alma de Satanás, ¿qué es lo que quieres?
- TOR. De hacerlo saber trato... y en pocas palabras.
- ROB. Dios lo quiera.
- TOR. Yo, don Robustiano, aunque hombre de baja estofa, como ustedes dicen, sin más educación que el dalle y el ariego, supe á fuerza de sudores y constancia, ganarme honradamente en Andalucía una fortuna más que regular.
- ROB. Y á mí, ¿qué me importa eso?
- TOR. Algo puede importarle.
- ROB. Ni tanto como una castaña; menos que un alfiler, para que lo sepas, ¡farsantón!
- TOR. No hay que tomar así las cosas, don Robustiano, que yo vengo de paz. En casos como éste es cuando debe hablarse con toda claridad, y lo que dejo apuntado no va en otro concepto. Digo que soy bastante rico, y añado que soy viudo, que pico en viejo y que mis haberes han de pasar bien aina á manos del único hijo que tengo.
- ROB. A propósito: ¿ese hijo es un facineroso.
- TOR. Creo que está usted equivocado, don Robustiano. Antón es un gran sujeto, nada lerdoso y muy cariñoso.
- ROB. Repito que es un bandido.
- TOR. Sostengo que usted le calumnia.
- ROB. Me ha inferido un agravio.
- TOR. Eso es otra cosa, y si fuera cierto, podía usted contar conque el ser mi hijo no le libraría de que yo le virase la jeta de un sopapo. Conque dígame usted cómo le ha agraviado.
- ROB. Osando elevar sus ambiciones hasta mi hija.
- TOR. Eso no es agravio.
- ROB. ¡Impío!
- TOR. Lo dicho. Y tan no lo tengo por tal, que el

intento de hablarle á usted de ese asunto es lo único que aquí me trae.

ROB. ¡Hola! Según eso, ¿vienes tú á remachar el clavo?

TOR. ¿Quiere usted dejarme acabar de explicarme?

ROB. Sigue, *sansculote*; acaba, francmasón.

TOR. Agradeciendo, señor don Robustiano. El caso es que tanto yo como mi hijo, ya que los medios lo permiten, nos hemos propuesto dar en él, que es mozo, robusto y generoso, base, cimiento y entronque á una familia á la usanza de las ricas del día; queremos que fenezcan la chaqueta y los terrones en mi generación, y que de ella en adelante aparezcan otras más lucidas; vamos, que, á ser posible, nazca desde hoy la gente de mi casa con la levita puesta, como el otro que dice.

ROB. Y, ¿piensas, ganapán, groserote, que á un señor le hace la levita? ¿Piensas que basta rascarse la boñiga de las manos y echarse un puñado de onzas en el bolsillo y una cadena de oro al cuello para quedar convertido en un personaje de calidad? Pero, señor, á esta canalla del día, á esta caterva de jacobinos se le figura que hasta la ley de Dios está también al capricho de sus infames ambiciones. (Un trueno muy fuerte.) ¿Lo oyes, Voltaire? ¡Hasta la cólera divina te amenaza!

TOR. Lo que yo oigo es que truena, y lo que veo es que esto se tambalea, lo cual lo mismo puede significar una amenaza para mí que un aviso para usted.

ROB. ¿Un aviso para mí, revolucionario? ¿Para mí? ¿Y por qué?

TOR. Porque esto se va, don Robustiano, y es una lástima que por una vanidad mal entendida se queden ustedes á la luna de Valencia el día de mañana, ó aplastados como sabandijas debajo de un montón de escombros, que será peor.

ROB. ¿Qué quieres decir, bandolero?

TOR. Que nosotros, no los impíos como usted cree (y yo se lo perdono), ni los bandoleros, ni los jacobinos, sino los hombres de bien, creyentes y laboriosos, que á fuerza de sudores hemos hecho una fortuna; que nosotros, repito, somos los llamados á afirmar estos escudos, que se caen de rancios, y estos techos minados por la polilla, á hacer producir esos solares yermos y á llenar de ruido y alegría el hueco de estos salones ahumados, que ya no tienen nada que hacer de por sí desde que feneció la reina Maricastaña.

ROB. ¡Jesús... Jesús mil veces! Y no hay un rayo que... ¡Dios me perdone! Una centella... ¡Ave María Purísima! Pero sigue, sigue, Robespierre; continúa, desollador; quiero ver hasta dónde llega tu sacrilega osadía.

TOR. Yo, como he dicho, tengo mucho dinero...

ROB. ¿Otra vez las talegas, fanfarrón? ¿Todavía me provocas, jandalillo aceitero?

TOR. Digo que tengo mucho caudal...

ROB. ¡Y dale!

TOR. Pero nada más.

ROB. Ya se te conoce.

TOR. Y quisiera, á costa de lo que me sobra, adquirir lo que me falta. Quisiera hallar para mi hijo una colocación que no se pareciera en nada á estas mocetonas rústicas de la aldea, ni tampoco á las pisonderas relamidas, damiselas de la ciudad... quisiera, pinto el caso, una solariega pobre...

ROB. ¡San Robustiano bendito!

TOR. Una solariega pobre que se hallara dispuesta á apuntalar las fachadas de su palacio con los montones de ochentines ganados en la taberna de Sevilla.

ROB. Te veo, Iscariote.

TOR. Ella sería siempre una señora; descansaría á la sombra y sobre bien mullidos sillones, y dejaría oscuro al sol con las galas que Antón la echara.

ROB. Sigue, sigue...

TOR. Saldría á ver un poco el mundo, si le daba

- la gana, educaría á sus hijos en el temor de Dios y á la altura de las necesidades del día...
ROB. Echa, echa, hijo de nadie.
TOR. Y con tal que quisiera mucho á su marido y se creyera muy honrada con él...
ROB. Vamos, con franqueza, hombre... pide por esa boca...
TOR. En conclusión, don Robustiano, mi hijo y yo hemos pensado para el caso en doña Verónica, cuya mano vengo á pedir á usted para Antón.
ROB. (Levantándose airado.) ¡Tú! ¡Tú! (Un relámpago espantoso y un trueno formidable. Se oye un crugido y cae con estrépito un trozo de la esquina derecha del salón. Verónica entra aterrada. Don Robustiano cae en el sillón y oculta la cabeza entre las manos. También Toribio se asusta. Todo esto con música en la orquesta.)

ESCENA VI

DICHOS Y VERÓNICA

- VER. (Entrando.) ¡Señor padre!
ROB. ¡Virgen Santísima!
TOR. ¿Qué es esto? (Pausa. El primero que se repone es Toribio, que ve el boquete y se santigua.)
ROB. (Levantando la cabeza y viéndole también.) ¡Qué horror!
TOR. Y si fuera eso solo...
ROB. ¿Qué más hay, hijo de Lucifer?
TOR. Pues lo que no vemos, que no será poco...
¡De buena hemos librado!... Ya no deben ustedes pensar en dormir en esta casa, y para remediar el mal en parte les ofrezco la mía de todo corazón.
ROB. ¡Primero la cárcel!
TOR. Muy mal pensado, don Robustiano; es mucho más cómoda mi casa, donde nada les faltará á ustedes mientras esta se repara, á cuyo fin pongo también á su disposición mi dinero.
ROB. Yo no pido limosna.

- TOR. Ni yo se la ofrezco á usted, don Robustiano.
- ROB. Aún me queda allá fuera la glorieta.
- TOR. Pero ese es un garito que no tiene desahogo suficiente, ni siquiera el preciso abrigo.
- ROB. ¿Y á ti qué te importa?
- TOR. Nada, si usted quiere; pero, francamente, me da lástima verle á usted en una situación como ésta, reparando en pelillos y respirando por esa condenada herida del señorío.
- ROB. ¿Aún tienes humor de provocarme, carbonero?
- TOR. No, señor; lo que tengo es afán de que usted comprenda para *in saecula* que por aquel boquete se ha largado ya la poca grandeza que en casa le quedaba.
- ROB. ¡Vete tú de ella, corsario! ¡Sal de mi corralada, salteador!
- TOR. Si que me marchó, y sin enfadarme; y en prueba de ello todavía le ofrezco. .
- ROB. Primero la unción que tu dinero.
- TOR. ¡Bah! Piénselo usted en calma... y no olvide tampoco mi otra proposición... que usted me dará las gracias algún día... y usted también, doña Verónica.
- VER. Señor padre, dígale su merced que sí.
- ROB. ¡Un rayo que le parta!... ¡Dejadme en paz!
- TOR. Voy á complacer á usted... Salud, don Robustiano... Adiós, doña Verónica.
- VER. Vaya usted con él, don Toribio. (Vase Toribio.)
- ROB. ¡Don... alforjas! ¡Don marrano, digo yo, hembra perversal!

ESCENA VII

VERÓNICA y DON ROBUSTIANO

- VER. Pero, señor padre...
- ROB. Don á ese, á ese pollino cargado de talegas... Te advierto que yo no necesito de él ni de nadie.. Venderé las tierras y el molino y con lo que produzcan reedificaré el palacio.

VER. Y si su merced vende el molino y las tierras, ¿de qué comeremos?
ROB. Tienes razón: bueno, pues no los venderé.
VER. ¿Y dónde viviremos entonces?
ROB. ¡No te goces en crearme dificultades, Verónica!

ESCENA VIII

DICHOS y TOÑA

TOÑA (Muy asustada.) ¡Señor! ¡Señor!
RAB. ¿Qué ocurre?
TOÑA Se ha venido abajo too el jastial de atrás; se está caendo media cocina y se tambalea más de otro tanto. Vámonos señor, de aquí, porque me paece que se va á desplomar la casa entera.
ROB. Pues tanto mejor. Así acabará todo de una vez, el solar y el solariego... pero con honra; como yo debo acabar para ser digno de mi linaje, sin transigir ni claudicar; limpio, neto é incorrupto aún, por la misericordia de Dios (Trueno formidable y música en la orquesta. Don Robustiano cruza los brazos y se queda mirando al techo como esperando á que caiga. Verónica y Toña pugnan por hacerle salir.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

200

100

50

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100



ACTO SEGUNDO

~~~~~

## CUADRO CUARTO

Un bosque de castaños

## ESCENA PRIMERA

SEGADORES y MOZAS

(Al alzarse el telón se ve un carro lleno de yerba que desaparece.)

### Música

CORO  (Dentro.)

Azotando á estas montañas  
se enfurece y ruge el mar,  
que quisiera en sus entrañas  
por la fuerza penetrar.  
Pero encuéntrase en la roca  
el eterno valladar,  
en el que su rabia loca  
y su enojo va á estrellar.  
Así entrar en tu alma  
mi amor procura,  
pero también se encuentra  
con roca dura,  
pues te ha dado de hierro  
Dios las entrañas,  
los mismo, montañesa,  
que á tus montañas. (Salen.)

- HOM.** Allá va el último carro,  
ya acabamos de segar;  
venga vino y ande el jarro  
que lo quiero celebrar.
- Muj.** No te alegres todavía  
que tenemos que empayar;  
corra el vino y la alegría  
cuando esté lleno el pajar.
- HOM.** Tanto bichorno,  
tanto segar,  
seco me dejan  
el pasapán.
- Muj.** Tienes los carros  
que descargar,  
y ha entrado el último  
en el corral.
- HOM.** Un trago sólo,  
uno no más. (Beben.)
- Todos** Mis montañas, mis montañas,  
es mi fe como vosotras,  
ni vendavales la mueven  
ni la destruyen las olas.
- 
- La luz tiñe celajes  
del horizonte,  
antes de que amanezca  
vé, niña, al monte.  
Por la niebla cercada,  
si al monte subes,  
te veré, como á un ángel  
envuelta en nubes.
- Muj.** Tienes los carros  
que descargar,  
y están ya todos  
en el corral.
- HOM.** Vamos, muchacha,  
vamos allá,  
cuando acabemos  
beberé más.
- Todos** (Yéndose.)  
Mis montañas, mis montañas,  
es mi fe como vosotras,  
ni vendavales la mueven  
ni la destruyen las olas.

## ESCENA II

TORIBIO y ANTON

### Hablado

**ANTÓN** Ya lo ve usted, padre: no dan señales de vida: allí han pasado la noche, sabe Dios cómo.

**TOR.** Yo sé como la han pasado: me lo ha dicho Toña. Don Robustiano no se ha podido acostar en aquel garito, y para que se acostara doña Verónica ha habido que dividir el cuarto con una colcha, dos palucos y cuatro tachuelas. \* Te digo que allí no pueden \* aguantar: en cuanto llegue el otoño dará \* tanto dormir en la glorieta como al raso \* en la lloza más desabrigada. \* También sé lo que pasó en la casona después que yo salí de ella. Costó Dios y ayuda sacar á don Robustiano de entre aquellos escombros... A mi modo de ver, y por lo que se le entendió, \* y por lo que uno sabe de las \* hinchaduras de la vanidá que enloquece, \* conoció que había llegado la hora de dar el brazo á torcer ó quedarse sin casa en que vivir, y este apuro le espantó más que fenecer allí aplastado como una sabandija... Hay que tener muy en cuenta este particular en el pleito que tú traes con su hija. Por el lao de este ahogo ha de empezar á reblandecerse él, quiera que no.

**ANTÓN** Pero ¿no encontrará el modo de arreglárse las sin besarle á usted la correa?

**TOR.** No, porque si vende no come, y si come no tendrá hogar en que ampararse; y tocante al dinero que necesita para salir del apuro, no ha de hallarle por el camino que le busca, ni en este pueblo le hay en otra casa que la de tu padre.

**ANTÓN** ¿Qué camino es ese?

**TOR.** El camino de los de su parigual, ¿cómo si

quedara una peseta de sobra entre todos ellos!.. Escucha: sé también que esta madrugada mandó que le cazaran el caballo, \*que, como no ignoras, anda siempre bus-cándose la vida al raso, y con lo que arran-ca en las brañas del común y en los lindo-nes de los callejos;\* porque pensaba ir hoy mismo, de toda gala, á dar un tiento á la bolsa de otro que tal; el señorón de la parte allá del monte, que vive también con una ración de hambre y otra de necesidad.

ANTÓN

TOR.

Entonces, ¿por qué acude á él?

Porque don Robustiano no le conoce más que de oídas, como á todos los de su ralea.

\*El temor á que le descubran la miseria en \*que vive le ha hecho esconderse de todos \*ellos desde que heredó el mayorazgo, y \*piensa que las cosas andan lo mismo que \*cuando oía á su padre ensalzar las grande-zas de sus pariguales.\* Pero resulta que á ese señor se le ha visto aquí esta mañana, porque tiene algunas haciendas en estos lu-gares; y cata á don Robustiano, que lo ha sabido, jugándole las vueltas para hacerse el encontradizo con él, fuera de su casa, que no está para vista de nadie, y menos de un infanzón de tantas campanillas como ese.

ANTÓN

TOR.

Corriente. Pero nosotros, ¿qué hacemos?

ANTÓN

Esperar.

¿Y consentir que doña Verónica esté pasan-do tales angustias y necesidades? Vamos, que no puedo llevar á la boca un pedazo de pan sin acordarme de la infeliz.

TOR.

Pues no queda más remedio que esperar. Tú déjate ver de ella siempre que puedas, para que sepa que sigues en tus trece y viva con la esperanza puesta en días mejores.

ANTÓN

Lo que es yo ya sabe usted que no dejó de rondar la casa.

TOR.

Pero procura que no te vea don Robustiano. Con ese tengo que enténdermelas yo.

ANTÓN

Me parece que por allí vienen los dos.

TOR.

Pues me voy... y tú retírate también, pero estate á la mira. (Se van.)

### ESCENA III

VERÓNICA y DON ROBUSTIANO

**ROB.** Le esperaré en esta castañera, ¿qué sitio mejor? El tiene que pasar por aquí para ir á verme.

**VER.** Pero entonces, ¿para qué le dijimos que su merced no estaba en casa cuando pasó para arriba?

**ROB.** Entonces llamó á mi puerta y ya sabes que es imposible recibirle en nuestra casa tal como ha quedado. Esta es la hora en que dijo que volvería y le salgo al camino para hablarle, ya que con su venida me ha ahorrado el viaje á su casa. Es noble como yo, ó casi tanto como yo, y su familia vivió en íntimas y cordiales relaciones con la mía hasta la época de mi abuelo inclusive. Verdad que desde entonces no hemos vuelto á comunicarnos directa ni indirectamente, ¡me he aislado tanto!, pero entre personas de calidad eso no importa. ¿Has mandado á Toña que traiga sillas?

**VER.** Sí, señor... Pero, ¿va á decirle su merced cuál es nuestra situación?

**ROB.** Mujer, así de repente y muy á las claras, no; pero con cierta maña y si fuere preciso, ¿quién sabe? En la triste alternativa de pedir una... sí, señor, una limosna á un tabernero fanfarrón, ó reclamar el auxilio de un hombre de mi clase, no caben vacilaciones. \*Ahora bien, ¿querrá ampararme? ¿podrá acaso, aunque quiera? Alla veremos... \*Tantearé el terreno, veré cómo se presenta \*y después... después ¡qué diablo! siempre \*me quedará el consuelo de desahogar con \*alguno esta pena que me mata.\* ¡Ah! Te advierto que tendré que invitarle á comer, ó por lo menos á tomar las once.

**VER.** ¡Virgen Santísima!

**ROB.** No tengas cuidado, no aceptará... estoy seguro de que no aceptará... y si aceptara, ya nos veríamos.

## ESCENA IV

DICHOS y TOÑA

**TOÑA** Aquí están las sillas. (Dos rústicas.) Y ahora acabo de ver al señor de enantes, que ha echao pie á tierra en cá de Juanuco el Tochu.

**ROB.** Dejará allí el caballo y vendrá en seguida. Idos inmediatamente... (A Verónica) Tú estate al cuidado por si llamo; desde la glorieta se oirá perfectamente.

**VER.** Quede con Dios su merced.

**ROB.** Hasta luego. (Vase Verónica seguida de Toña por la derecha. Antón, sombrero en mano, la saluda sin que le vea don Robustiano y se va tras ella.)

## ESCENA V

DON ROBUSTIANO y DON RAMIRO

**ROB.** (Sentándose y poniéndose unos guantes muy viejos bordados con tres filas de lentejuelas por el dorso.) Es preciso prepararse para recibir dignamente á huésped tan noble.

**RAM.** (Sale y hace una reverencia.)

**ROB.** (Como sorprendido) ¡Oh! (Se levanta.) ¡Tengo el honor de hablar al señor don Ramiro Seis-Regatcs y Dos-Portillos de la Vega?

**RAM.** El honrado soy yo, si me encuentro en presencia del señor don Robustiano Tres-Solares y de la Calzada, como creo.

**ROB.** Ese mismo soy. . (Le tiende la mano con solemnidad.) Salvo el guante.

**RAM.** Con la misma salvedad la acepto y correspondo:

**ROB.** Iremos á casa, si usted gusta. Yo acostum-

- bro á pasar aquí las horas de más calor de estos días estivales.
- RAM. Lo que prueba su buen gusto de usted... ¿A qué moverse? Está esto tan hermoso.
- ROB. Y aquí podremos hablar á nuestro antojo. Sentémonos, don Ramiro. (Se sientan.) ¿Y á qué debo la satisfacción?...
- RAM. He tenido que venir á este pueblo y al vecino á ciertas diligencias, y no quise pasar por su puerta de usted sin darme el placer de estrechar su mano.
- ROB. No sabe usted cuánto celebro la ocurrencia que me proporciona la ocasión de brindar al insigne Seis-Regatos y Dos-Portillos de la Vega con toda la adhesión y sincero cariño de mil generaciones de Tres-Solares.
- RAM. Ya saben los Tres-Solares que los Seis-Regatos fueron siempre sus amigos.
- ROB. ¡Y ojalá que todos los buenos de la Montaña hubiéramos seguido siempre y para toda la misma conducta entre nosotros! Otro gallo nos cantara.
- RAM. ¿Lo cree usted así?
- ROB. ¿No he de creerlo? ¿Acaso usted lo duda?
- RAM. No tal; pero...
- ROB. No hay pero, don Ramiro. Una estrecha y cordial inteligencia entre los nobles de cada provincia nos hubiera dado una fuerza considerable. ¿Quién de nosotros está exento de una adversidad, de una desgracia, del tizón de un villano ó del rayo de una tempestad? Las rentas son escasas (pongo un ejemplo), la familia exige atenciones que no se pueden cercenar, ¿con qué se repara el inesperado siniestro? ¿Ha de profanar usted sus timbres poniéndose á especular como un judío ó á labrar la tierra como un miserable ganapán? No, seguramente... ¿Ha de aceptar la humillante limosna de un rústico filántropo? Mucho menos... ¿Ha de vender sus blasones por un puñado de oro? ¡Qué horror!... ¿Qué partido toma usted? He aquí donde está indicada la necesidad de un mutuo auxilio entre todos nosotros.

- RAM. \*Magnífico sería: pero precisamente la discordia ha sido entre las familias de calidad \*el pecado más común.
- ROB. \*Pecado sublime en las épocas de nuestro \*esplendor porque fructificaba en grandes \*empresas; pero hoy es distinto, somos pocos, estamos sin fuerzas y nos aqueja un \*infortunio común.
- RAM. Veo, don Robustiano, que usted no se ha convencido aún de una triste verdad.
- ROB. ¿De cuál?
- RAM. De que ya pasó nuestro tiempo, de que estamos de sobra en el mundo, de que no hay mas remedio que entregarse á discreción.
- ROB. ¿Cómo! ¿Sería usted capaz de transigir?
- RAM. Hombre, así tan en absoluto...
- ROB. ¿Luego transigiría usted en algo?
- RAM. Según y conforme.
- ROB. Precisemos más el asunto. Supongamos que mañana se presenta en casa de usted un zascandil cualquiera, un tabernerillo rico, como quien dice, y le pide una hija en matrimonio, ¿se la concederá usted?
- RAM. Hombre, si el tabernero fuera honrado...
- ROB. ¿Es decir que me concede usted la posibilidad de admitir en su familia un injerto semejante?
- RAM. Perdone usted; hasta ahora no he negado ni concedido nada. Mas ya que de ejemplos se trata, suponga usted á su vez que yo me muero de hambre, que un tabernero rico me pide una hija, que se la niego por ser quien soy; que real y efectivamente me muero mañana y que mi familia sola y miserable va extinguiéndose poco á poco entre congojas de necesidad y estremecimientos de frío. ¿Qué objeto tienen estos sacrificios? ¿Quién me los agradece, quién me los recompensa?... ¿El mundo? El mundo ó no los ve ó se rie de ellos... ¿Nuestros antepasados? Dan su descendencia por acabada... ¿Nuestra conciencia? A mi me dice la mía que cuando las mundanas vanidades no tienen un objeto transcendental é inmediato, es hasta un de lito pagarse de ellas.

- ROB. ¡Me asombra usted!... Pero algo les debemos á nuestros iguales. Si uno de nosotros falta-se á sus antecedentes, prescindiendo del lustre de la clase ¿qué dirían los demás?
- RAM. Ni una palabra.
- ROB. ¡Cómo! ¡Usted se chancea! Los orgullosos de Peñascales, por ejemplo.
- RAM. Hace seis años que engordan á expensas de un destino de secretario de ayuntamiento que logró el hijo mayor; el segundo recría ganado y la tercera es la esposa de un maestro de escuela.
- ROB. ¡Don Ramiro!
- RAM. No hay más, don Robustiano.
- ROB. ¿Y los encopetados de Rinconeda?
- RAM. Han casado la hija mayor con un tratante en carnes.
- ROB. \*Horror! ¿Y los de Llosagrande?
- RAM. \*Se han dividido entre los hermanos el mayorazgo, y allí tiene usted de todo: carretero, guardamontes, vago camorrista...\*
- ROB. ¡Es posible! ¿Y los de Castro-Viejo?
- RAM. Han trocado en pajares sus torres almenadas y en dalles y rastillos sus blasones: labran la tierra y rascan la boñiga á su ganado. Y los de Encinar lo mismo, é igual todos los que han podido hacerlo, y los que no, por falta de propiedades, si tienen hijas aguardan al tabernero consabido que cargue con una de ellas y mantenga á los demás, y si no las tienen se irían con el moro Muza que les diera de comer.
- ROB. Me deja usted atónito... Según eso, aceptar un noble un préstamo que le es indispensable, de un villano, no es una humillación.
- RAM. ¡Qué ha de ser!
- ROB. Y si ese villano tiene un hijo y solicita para éste la mano de su hija de usted, al mismo tiempo que ofrece el préstamo, acceder á sus pretensiones, máxime siendo el hijo honrado, me parece una friolera después de lo que he oído.
- RAM. Indudablemente. Hablándole con más franqueza que al principio, le diré sin rebozo que

si el tabernero honrado y pudiente de nuestro ejemplo solicitase la mano de una de mis hijas, le concedería las dos y hasta las de las otras tres si la ley me lo permitiera.

ROB. ¿Palabra de honor?

RAM. Palabra de honor. Pero hace usted mucho hincapié en estos supuestos; ¿tiene usted que decidir algo en ese sentido?

ROB. ¿Qué aprensión, don Ramiro! Nada de eso... Verónica está muy libre hasta la hora presente de tener que elegir entre nobles ni entre villanos, y en cuanto á mi casa ¡bahl está más firme que una roca. Usted la verá, porque nos hará el honor de sentarse á nuestra mesa.

RAM. Muchísimas gracias; me es imposible: voy á despachar un asuntillo y montaré á caballo en seguida.

ROB. Al menos tomará usted las once conmigo.

RAM. Bueno, eso sí, ya que usted se empeña. (Levantándose.) A la vuelta ¿eh?

ROB. (¡Dios mío!) (Llamando) ¡Verónica!... Le acompañaré á usted, don Ramiro.

RAM. No se moleste usted, don Robustiano.

ROB. Me corresponde hacer á usted los honores del pueblo.

## ESCENA VI

### DICHOS y TOÑA

TOÑA ¿Llamaba el señor?

ROB. Sí. Dí á la señora, mi hija, que volveré con don Ramiro á tomar las once. Poned la mesa aquí. (A don Ramiro.) ¿No le parece á usted?

RAM. Donde usted quiera.

ROB. Pues que se disponga lo necesario.

TOÑA (Asombrada.) Este hombre se ha güelto loco.

ROB. ¿Vamos? (Después de la invitación de cada uno para que el otro salga primero, sale don Ramiro.) (Hay que entretenerle para que no pueda volver.)

## ESCENA VII

VERÓNICA, TOÑA y ANTÓN

VER. ¿Qué quería mi señor padre?  
TOÑA Pues naá; ice que va á golver con ese señor á tomar las once... y que pongamos aquí la mesa con too lo que haga falta.  
VER. ¡Jesús María! ¿Y de dónde lo vamos á traer nosotras?  
ANTÓN (saliendo.) De mi casa, doña Verónica, que estoy yo aquí para sacarla de ese apuro y de todos los que se la ofrezcan. Vete, Toña, y trae todo lo que ha pedido don Robustiano. Gorio te ayudará. (Vase Toña.)  
VER. ¿Y qué dirá mi señor padre cuando lo sepa?

## ESCENA VIII

VERÓNICA y ANTÓN

ANTÓN ¿Y qué diría si le dejásemos en vergüenza delante de ese señor?  
VER. Eso es verdad.  
ANTÓN Yo creo que me agradecerá la fineza, y si me equivoco, es lo mismo... con tal de que no la desagrade á usted.  
VER. A mí... naturalmente... ¿Cómo ha de...? Siempre es de estimar una fineza.  
ANTÓN Pues bien, ni esto, ni más de otro tanto al simen de ello vale un comino en comparanza de lo que yo haría el día de mañana si usted me respondiera con un sí á lo que el jueves la estipulé bien claro.

### Música

ANTÓN Y al auto de esto  
la he de decir  
lo más oculto  
de mi sentir;

pues se acomoda  
bien la ocasión  
para que la abra  
mi corazón.

VER.  
ANTÓN

¡No, Antón!  
Como la dije,  
no he sido nunca  
ni pendenciero  
ni bebedor,  
y, aunque podría  
holgar como otros,  
soy un esclavo  
trabajador.  
Usted lo sabe  
que soy así,

¿no es verdad, doña Verónica?

VER.  
ANTÓN

¡Sí! ¡Sí!  
A usted la quiero  
no sé cuánto hace,  
y lo he callado  
por cortedad;  
pero tal hipo  
sentí aquí dentro,  
que el otro día  
no pude más.  
Usted á mis ansias  
no contestó,

¡si lo hiciera usted ahora!

VER.  
ANTÓN

¡No! ¡No!  
Como usted quiera  
no habrá en el mundo  
quien á dichosa  
la gane á usted,  
pues yo soy dulce  
como un cordero,  
aunque el decirlo  
no me esté bien.  
Usted conoce  
que esto es así,

¿no es verdad, doña Verónica?

VER.  
ANTÓN

¡Sí! ¡Sí!  
¡Qué hermosa vida,  
qué cielo abierto  
si usted quisiera

premiar mi amor!  
Soy algo tosco;  
pero no importa,  
porque usted haría  
de mí un señor.  
Como usted quiera,  
tal seré yo;  
diga usted media palabra...  
VER. ¡No! ¡No!  
ANTÓN Si usted no me quiere,  
me voy á morir...  
¡Ay, doña Verónica,  
diga usted que sí!

## ESCENA IX

DICHOS, TOÑA y GORIO

### Hablado

TOÑA Aquí está esto  
ANTÓN ¡Hala! ¡Hala! Pues á ponerlo en seguida. (Los cuatro á la tarea. Ponen en una mesa un mantel blanquísimo y encima dos fruteros elegantes con diversas frutas, dos bandejas de plata con pasteles y bizcochos, cuatro botellas, platos, copas, servilletas y cuchillos.)  
TOÑA ¡Cudiau que está de lo bien! Se va á quedar el señor estupefacto... Allí viene, allí viene... Si primero acabamos..  
ANTÓN Pues yo me retiro, con el permiso de usted; pero no andaré lejos. (Vase.)

## ESCENA X

VERÓNICA, TOÑA, ROBUSTIANO, RAMIRO y GORIO

RAM. Repito, mi señor don Robustiano, que por lo tocante á ese asuntillo no ha sido perdido mi viaje; al contrario, pues que el hallarse ese buen hombre ausente del lugar me permite dedicar á usted algunos minutos más de los que habíamos calculado. Lo peor es para él que tendrá que ir á verme á mi casa.

- ROB. Pues no se hable más de lo que yo creía un contratiempo para usted, y si en tan corto rato ha podido Verónica, que acaso no habrá podido... (Repara en la mesa.) ¡Ah, sí! (¿Estoy soñando? ¿Qué significa esto?)
- RAM. (Fijándose también.) ¡Hola! ¡Hola! ¿Sabe usted, mi señor don Robustiano, que es bien de lamentar para mí que lo apurado del tiempo no me permita hacer los honores debidos á tan espléndido agasajo?
- ROB. (Con gran turbación.) ¡Pshc! Una friolera.
- RAM. ¡Caramba con las frioleras! ¡Me río yo!
- ROB. (Presentando á Verónica.) Mi hija.
- RAM. Tengo á grandísimo honor ofrecer mis respetuosos homenajes á la ilustre dama de tan egregia familia. (Verónica hace una reverencia.)
- ROB. Ahora sentémonos, señor don Ramiro.
- RAM. Sólo unos instantes, señor don Robustiano. (Se sientan. Don Robustiano con mucho temor.)
- GORIO ¿Qué vino quiere el señor?
- ROB. (¿De dónde ha salido este sirviente?)
- GORIO ¿Jerez? ¿Manzanilla? ¿Pedro Jiménez? ¿Málaga?
- ROB. Usted dirá, don Ramiro.
- RAM. Pues, hombre, venga Manzanilla, para hacer boca.
- ROB. (A Gorio, con temor.) Sirve Manzanilla. (Gorio sirve.)
- RAM. (Reparando en las bandejas.) ¡De plata! Pues si es de ley, no está el hidalgo este tan arruinado como le supone la fama.)
- ROB. (Esto huele á Zancajos que apesta.. ¡Tunantes!)
- RAM. (Notando que Verónica está de pie.) Pero yo no puedo consentir que esta señora esté de pie, mientras que yo... (Se levanta.)
- ROB. Es costumbre suya en tales casos, señor don Ramiro; y como, además, no prueba vinos ni licores... (Le obliga á sentarse.)
- RAM. (Enderezándose de nuevo y levantando la copa.) Brindo á la salud de los Tres Solares y de la Calzada.
- ROB. Brindo por la de los Seis-Regatos y Dos-Portillos de la Vega. (Bebe y disimuladamente lo es-

- cupe.) Otra copita, señor don Ramiro... y unos bizcochos... y este melocotón. (Se lo va sirviendo.)
- RAM. Pero usted quiere acabar conmigo, señor don Robustiano. (Gorio le sirve el vino, y él no desalra nada. Este juego puede reproducirse en silencio un corto rato.)
- ROB. ¿Alguna otra cosita más? Vamos, una copa de moscatel para mojar los bizcochos.
- RAM. (Comiendo.) Señor don Robustiano, repito que no puedo más.
- ROB. ¡El pobre! Que saque la tripa de mal año. La tiene tan vacía como yo.) Estas parvidades no ocupan lugar, don Ramiro, y además Dios sabe cuándo usted y yo nos veremos en otra... quiero decir, reunidos.
- RAM. Ea, ni un sorbo, ni una golosina más, si ustedes no se ofenden de ello. Déjenme huir de la tentación y consideren que el tiempo me apura mucho. (Se levanta.) Un millón de gracias por sus bondades y permítaseme que les deje, aunque con harta pena, y que me ponga en camino de mi casa, que es largo.
- ROB. Usted es el que manda, señor don Ramiro.
- RAM. (Inclinándose.) ¡Doña Verónica! (Verónica contesta con otra inclinación.)
- ROB. (Estrechándole la mano.) Crea usted que me deja obligadísimo con el honor de su visita, y le prometo pagársela en breve.
- RAM. No le perdonaré á usted si falta á la palabra que me empeña. ¡Menudo portazo te aguarda si la cumples! (Vase.)

## ESCENA XI

VERÓNICA, TOÑA, DON ROBUSTIANO, GORIO y TORIBIO. Verónica, Toña y Gorio quitan la mesa

- ROB. (¿Preguntaré de dónde ha salido todo esto? No; mejor es ignorarlo... Todos han prevaricado. ¿A qué conduciría mi inflexibilidad? ¿Quién podrá tomar por agravio á la clase el enlace de Verónica con Antón? Nadie... Sin

embargo, mi propia sangre, mi propio carácter, pero no los puedo dar.

Tor. ¿Debe estar en su poder para el encontradizo?

Roa. Véndale. Hombre, Toribio, me alegro verte, tengo que hablarte.

Tor. Usted mal, señor don Sebastián.

Roa. Toribio, mítese usted que hay algo en el hombre más fuerte que su voluntad.

Tor. Si señor, ¿a quién?

Roa. Precisamente, y por eso aquí estoy cuando quisiera estar lejos de aquí.

Tor. Preséntelos a la mamá don Sebastián. Apodándose de la mano de don Sebastián, se dirige a la puerta para llamar a pedros, pero desahoga el golpe de la mano más débil que voluntad en que puede sentirse.

Roa. Voy allá. Y a ver si la gente se encuentra aquí en mi casa en la posesión.

Tor. Si señor.

Roa. Me voy a ver para tener a cabo la reparación. No me lo negará.

Tor. Si, señor.

Roa. Con eso mismo en misa, y después de eso volveré a ver, más con cuidado y particular, ¿no es así?

Tor. Me lo parece.

Roa. Bien, Toribio, no puedo esperar en el caso de la guerra, necesito para aumentar inmediatamente la obra, ¿no?

Tor. Cállese.

Roa. Luego me a cuenta de mis cosas si no alcanzan con mis cosas, supongo que a Juan ó Pedro me darán, para que me lo guarden.

Tor. ¿Qué ha de tener? Y en persona de la guerra volverá a poner a su disposición de usted cuanto necesite para el caso.

Roa. Gracias, Toribio. Y para que sea por lo menos, lo digo me quedo en casa, la voy a dejar luego.

Tor. Bien, no diga. Así me gustan a mí los amigos, fíjese, los que me lo dicen. Pero usted siempre es así, que se le va la mano.

Roa. En fin, no quiero a guisa de...

- TOR. Una sola me basta, don Robustiano.  
ROB. ¿Cuál?  
TOR. Que toque usted estos cinco.  
ROB. (Después de vencer su repugnacia.) Toco y estimo.  
TOR. En cuanto á cantidad usted la fijará, así como el momento de la entrega... Pero antes de tratar de estos puntos secundarios, quisiera yo recordarle otro que dejamos pendiente ayer.
- ROB. En cuanto á ese asunto, he resuelto que te entiendas con la persona á quien exclusivamente importa en mi casa... ¡Verónica! (Los criados que lo han recogido ya todo, se retiran. Verónica se acerca con timidez.)
- TOR. (¡Poder de la necesidad!) Doña Verónica, como me consta que usted conoce las intenciones de mi hijo respetive á usted, he tenido la honra de pedir á don Robustiano su mano de usted para Antón, y su señor padre me contesta que deja á la voluntad de usted el asunto. ¿No es así, señor don Robustiano?
- ROB. (Entre dientes y volviendo la espalda.) Sí.  
TOR. Conque usted dirá... (Verónica mira á todos lados y calla. Don Robustiano pasea.) Usted dirá...
- VER. Yo... yo... si mi señor padre es gustoso...  
ROB. (Siempre paseando.) ¡Hum!  
TOR. Dice que sí.  
VER. Pues entonces yo también.  
TOR. ¡Gracias á Dios!... ¡Ah! La obra del palacio corre prisa, tanto que yo la empezaría mañana. Ustedes no puede vivir allí con el jaleo que se va á armar y puesto que todos somos unos...
- ROB. ¡Todavía no!  
TOR. Quiero decir que lo seremos, y en esta inteligencia, espero que ya no rechazarán mi casa.  
ROB. ¡Decente estaría eso! ¿No te parece? Después de lo que habeis arreglado, ir á meterse esa allí.
- TOR. Hay un buen remedio: anticipemos el beben. Que no se aplace más que el tiempo justo para que el señor cura los pregone y vaya Antón á Santander por las galas de la

novia, que, se lo aseguro á usted don Robustiano, han de dar vergüenza al sol, y se adorne un poco la mejor pieza de la casa para alojar á la que ha de ser reina y señora de ella... y otra más, si no ofende, para el rey, su señor padre, mientras se acaban las obras de su palacio.

ROB. ¡Toribio! No insistas en esa locura que me mortifica... (Desdenoso) En lo otro podeis hacer lo que os dé la gana.

TOR. Pues no se hable más del caso por hoy, y estimando lo demás, señor don Robustiano... Corro ahora mismo á avisar á Antón... Parece que lo ha oído: por allí viene... ¡Antón! ¡Antón!

## ESCENA XII

DICHOS y ANTON

ROB. (Esta alegría bulliciosa me criSPA los nervios.)

TOR. (A Antón.) Mírala... Doña Verónica... mírala... tuya es ..

ROB. ¡Será! Será... si Dics quiere: no lo es aún. Pero ¿es verdad, doña Verónica?

ANTÓN TOR. ¿Qué doña... si va á ser tu mujer?

ROB. Si... ¡doña! ¡doña!... ¡no faltaba más!

ANTON Pero ¿también después que me case voy á llamarla así?

ROB. Ella verá entonces si te apea el tratamiento.

TOR. Te le apeará. (Formando un grupo los tres. La orquesta entona, muy piano, el tema heroico transformado.)

ROB. (Parece que oigo una voz que me grita: Cain solariego, ¿qué has hecho del lustre de tu familia? Dios de justicia, si obré con mengua, haz que caiga toda sobre el siglo que me abandona, ¡no sobre mis timbres preclaros! ¡no sobre mí, que sucumbo al rigor del infortunio! (Lleva el pañuelo á los ojos, y sale. Los demás le siguen.)

## MUTACIÓN

## CUADRO QUINTO

La iglesia del lugar rodeada de árboles

### ESCENA PRIMERA

El ALCALDE, el MAESTRO, una comisión de Concejales, MOZAS,  
MOZOS y CHICOS

#### Música

CORO      Ya se oye á los danzantes,  
              la boda está aquí ya,  
              que suenen los panderos  
              y echemos un cantar.  
              ¡Hale, muchachos!  
              Vamos allá;  
              los novios vienen,  
              vaya el cantar.

UNAS      De los novios de este pueblo  
              aquí está la flor y nata.

TODOS     ¡Válgale el señor San Roque!  
              ¡Nuestra Señora le valga!

UNAS      La merece y se la lleva  
              á la más linda muchacha...

TODOS     ¡Válgala el señor San Roque!  
              ¡Nuestra Señora la valga!

UNAS      Los dos son de lo más bueno  
              y la dicha les aguarda.

TODOS     ¡Válgales el peregrino!  
              ¡Nuestra Señora les valga!  
              Sol devino de estos valles  
              deja el oscuro retiro,  
              que á buscarte fué el lucero  
              que va á casarse contigo.

## ESCENA II

DICHOS. VERÓNICA, (1) la MADRINA, ANJON, DON ROBUSTIANO, TORIBIO y danzantes

(Entran los danzantes bailando. Verónica y don Robustiano bajo los arcos. Los otros detrás. Se detienen hasta que acaban de bailar los danzantes. El Maestro da en voz baja órdenes á los chicos. Salen los monaguillos con los incensarios á la puerta de la iglesia. Adelantan el Alcalde y Concejales )

### Hablado

ALCALDE ¡Oh, devinos misterios! ¿Qué miro? ¿Qué arreo? ¿Son fantasmas de mis ojos? No, que seís vusotros que veneis, vusotros lo más inflante de mis... vasallos, á uncirvos para sinfinito en la santa... metropolitana... parroquial... Yo y la comisión del monicipio que aquí de cuerpo presente existe, vos... vos... inciensamos, vos requerimos y ensalzamos para que sea enhorabuena y por la gloria que vos deseo. Tal digo con tal fecha.

CONC.

MAESTRO (Inclinándose.) La Comisión otorga. Ahora el himno, el himno compuesto por mí, letra y música. ¡A una!

### Música

(Los chicos se forman en dos filas hasta la puerta de la iglesia. Pasa entre ellos la comitiva tapándose los oídos.)

CHICOS

Se casan los señores  
se casan ante Dios,  
colmados de favores  
veamos á los dos.

---

(1) Como Verónica no habrá tenido tiempo de mudarse de traje. saldrá en su lugar una contra figura, que procurará cuidadosamente que el público no la vea la cara.

Ahí va doña Verónica,  
al lado de ella Antón,  
detrás don Robustiano,  
y sigue la función.

(Entran en la iglesia todos menos algunas mozas y  
mozos. Cesan las campanas.)

### ESCENA III

#### MOZAS Y MOZOS

|           |                                                                                                             |
|-----------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| HOM.      | Pues en la iglesia<br>no caben más,<br>vente, muchacha,<br>ven á bailar.                                    |
| Muj.      | Pues en la iglesia<br>no caben más,<br>mientras se casan<br>hay que bailar.                                 |
| HOM.      | (Eligiendo parejas.)<br>Tú conmigo...<br>ven acá...<br>Yo con esta...<br>Tú con Juan...                     |
| Muj.      | Ya dispuesto<br>todo está,<br>puede el baile<br>principiar.                                                 |
| Todos     | Anda, Nela,<br>toca ya.                                                                                     |
| UNA SOLA  | (Baile á lo bajo.)<br>Una palomita blanca (1)<br>como la nieve<br>á la orilla del río<br>á bañarse viene.   |
| DOS SOLAS | A la puerta del molino<br>hay un ratón con un diente<br>mirando á la molinera<br>cómo sorbe el aguardiente. |

---

(1) Casi será innecesario advertir que todos los de este número  
son cantares populares.

- TODAS El peral del molino  
no tiene peras  
que se las ha comido  
la molinera.
- HOM. Me llevan quinto,  
mi madre llora,  
la mi morena  
se queda sola,  
y yo la digo  
que no me aguarde  
que cuando vuelva  
será ya tarde.
- UNA MUJER Una palomita blanca  
como la nieve  
á la orillita del río  
á bañarse viene.
- (Baile á lo alto )
- UN HOM. Anoche estuve en tu puerta,  
tres veces piqué al candado,  
tú para tener amores  
tienes el sueño pesado.
- DOS HOM. Arriba, montañesa salada,  
arriba, no te caigas al agua.
- HOM. Dicen que si te quiero  
pierdo la vida,  
piérdola por mi gusto,  
va bien perdida.  
Niña hermosa,  
dame el sí.
- MUJ. No está mi madre en casa,  
vuelve por aquí.
- HOM. Niña hermosa,  
dame el sí.
- MUJ. Tu amor y tu constancia  
no me ponderes,  
que te conozco mucho,  
que sé quien eres.  
No he de darte  
nunca el sí.
- HOM. Ya encontraré, sí quiero,  
otra por ahí.
- UNA MUJ. Anda y dila á tu madre  
que te empapele.
- TODAS ¡Airel

HOM. La luna y el sol sale.  
UNA Los pajaritos cantan,  
divierten á mi amor.  
TODAS ¡Aire!  
HOM. La luna y el sol sale.  
TODOS Date la vuelta,  
dala, salero,  
¡viva mi novia!  
¡viva mi pueblo!

### Hablado

TODOS ¡Ya salen! ¡Ya salen!  
(Los danzantes forman arcos á la puerta de la iglesia.  
Sale la boda. Primero Verónica y Antón, después don  
Robustiano solo muy tieso. Detrás, madrina, Toribio,  
alcalde, Maestro, etc., etc.)

## ESCENA ÚLTIMA

### TODOS LOS PERSONAJES DE LA OBRA

UNO ¡Vivan los novios!  
TODOS ¡Vivan!  
TOR. ¡Viva don Robustiano Tres-Solares y de la  
Calzadal  
TODOS ¡Vival  
MAES. (Sacando un papel.) Con el permiso de la esco-  
gida concurrencia.  
TODOS ¡Coplas! ¡Coplas del Maestro!  
MAES. (A Toribio.) ¡Infelices! Lllaman coplas á todo  
lo rimado, y ni siquiera distinguen el arte  
mayor del arte menor, ni el eptasílabo del  
pentasílabo.  
TOR. Bueno, bueno... Lea usted si quiere.  
MAES. Allá va... ¡Silencio!... (Lee.) «Versificación de  
epitalamio en doce pies de verso desigua-  
les, conforme á reglas, discurrida por Canu-  
to Prosodia, maestro de instrucción prima-  
ria elemental de este pueblo, y dedicada á  
la mayor preponderancia, majestad y en-  
grandecimiento de la ilustre doña Verónica  
Tres-Solares y su excelso consorte don An-

tonio Mazorcas (vulgo Antón, por apócope)  
hoy día de sus nupcias ó esponsales, prime-  
ro de Septiembre del año corriente.

Salgan á luz los astros naturales  
y las estrellas,  
y cante la rajuca en los bardales  
y las miruellas;  
que doña Verónica, pues, con don Antonio  
en este día  
ya las nupcias contrajo ó matrimonio,  
con sinfonía.  
Que el cielo les derrame bendiciones  
es mi deseo,  
y que tengan los hijos á montones.  
Amén. Laus Deo. »

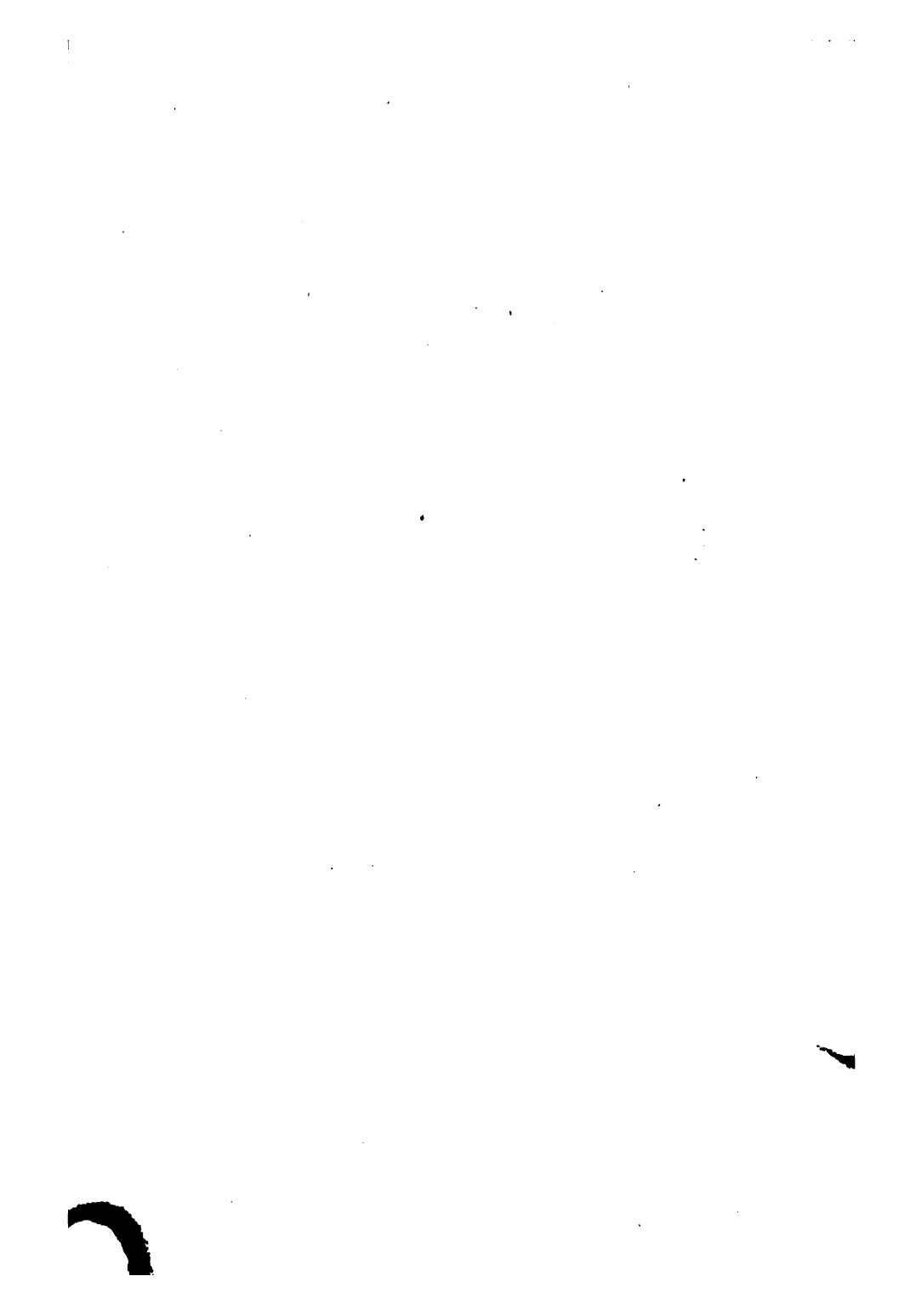
- TODOS ¡Muy bien! ¡Muy bien!
- ALC ¡Cómo pone la pluma este hombre!
- ANTÓN ¡Ay doña Verónica... digo, Verónica! ¡Qué dichoso soy! ¿Y usted?.. digo, ¿y tú?
- VER. También, también soy muy dichosa.
- ROB. ¡Que estais delante de la gente! Deja esos arrumacos en público para las tarascas del lugar: acuérdate de quien eres.
- TOR. Ahora á mi casa; allí hay comida y bebida para todos, y que no cesen los cánticos y el baile hasta la noche. Quiero que quede memoria de esta boda pa sinfinito.
- TODOS ¡Viva! ¡Viva!
- TOR. ¿Vamos, don Robustiano?
- ROB. Sí; iré á comer.
- TOR. Y á dormir, y á todo. Usted no sale ya de mi casa.
- ROB. Mientras en la mía quede una teja que me ampare contra las intemperies, no han de reposar mis hidalgos miembros en el hogar ajeno. \*Te hago la justicia de concederte \*que son tus intenciones las mejores del \*mundo al brindarme con tu casa y al de- \*dicar á mi hija el fausto que la dedicas \*hoy; aun más, te lo agradezco; pero no de- \*ben tus ambiciones llegar hasta el punto \*de pretender que yo autorice con mi pre-

\*sencia ciertos excesos y transija con otros  
\*resabios incompatibles con mi carácter.\*  
Deja el tiempo correr y entonces veremos  
si en mi propia casa me es dable aceptar de  
buen grado lo que hoy, de pupilo en la tuya,  
me sería intolerable.

TOR. Pero piense usted, que va á dar un disgusto  
grandísimo á su hija.

ROB. Mayor le tendré yo en mi soledad... Lo co-  
nozco en lo que empiezo á sentir aquí, que  
no he sentido hasta hoy... como también  
empiezo á ver ¡pásmate, Toribio! que hay  
algo en el mundo más digno de admiración  
que nuestros timbres heráldicos... Tu mis-  
mo, sin argumentos pomposos, sin ruidosa  
palabrería, me estás haciendo comprender,  
y me deleito en confesarlo, que existe una  
nobleza más ilu-tre, más grande, más vene-  
randa que la de la sangre, que la de los per-  
gaminos: la nobleza del corazón.

FIN DE LA OBRA





Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, Florín, 8, bajo, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.

ha  
ilio  
; F  
fra  
llo



DUE NOV. 12 1948